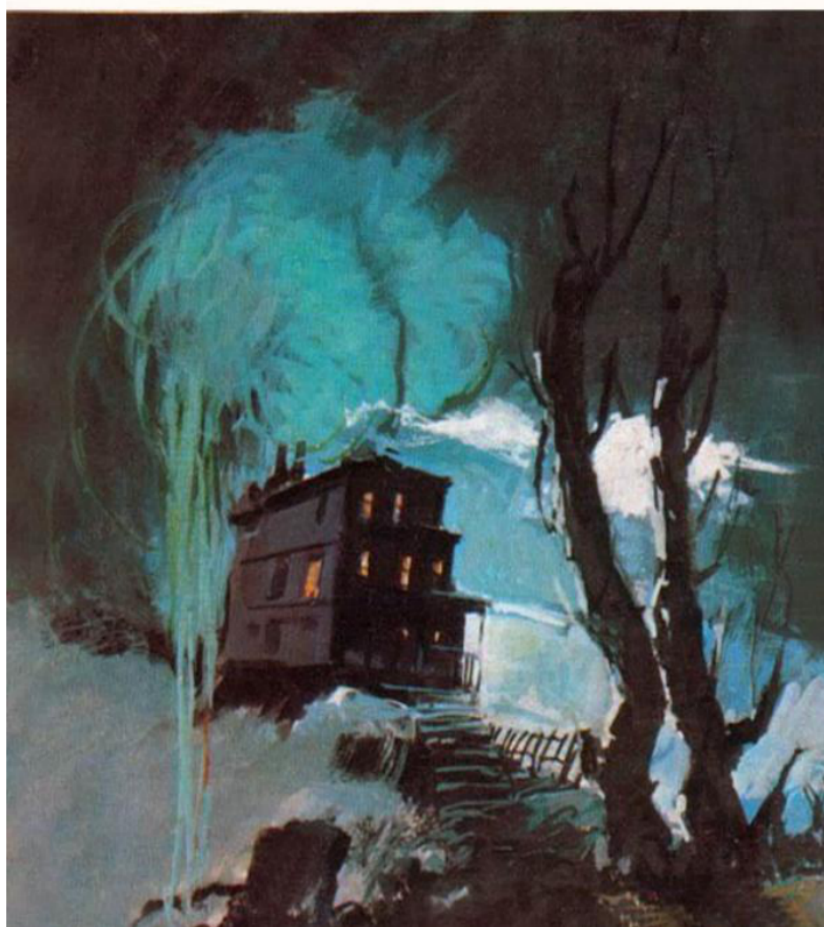




UN GRITO EN LA SOMBRA

Curtis Garland





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SEVICIO SECRETO:

1549 — Cráneo de acero.

En Colección PUNTO ROJO:

942 — Melodía para el terror.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

UN GRITO EN LA SOMBRA

Colección
PUNTO ROJO n.º 944
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 8.279 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1980

© **Curtis Garland** - 1980

texto

© **Destlo** - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Resulta extraño despertarse uno con tres libras y ocho chelines por todo capital, una docena de facturas sin pagar, el timbre de la puerta desconectado para que los acreedores al llamar imaginen que uno está ausente, un aviso por letras impagadas en el banco, con advertencia de pasar a una oficina ejecutiva, y así, de repente, irse uno a dormir de nuevo la misma noche, con una fortuna personal de tres millones de libras esterlinas.

Tres millones de libras esterlinas, sí. No he cometido ningún error al transcribir la suma.

En la sola diferencia de unas horas, no se puede pasar de la mayor indigencia imaginable, acosado por las deudas de todo tipo y por las escaseces más abominables, a un estado de opulencia económica desorbitada. Pero eso es, exactamente, lo que me sucedió a mí.

Si al levantarme de la cama, somnoliento por la falla de horas de descanso, fatigado por la cantidad de tiempo que había pasado la noche antes bajo la lluvia, vigilando a aquel maldito marido que engañaba a su mujer con otra, con la esperanza de cobrar a la semana siguiente mi modesta tarifa más los gastos, alguien me hubiera gastado la broma de sugerirme semejante posibilidad, le hubiese arrojado a la cara los huevos fritos con bacon y la botella de cerveza sacada del viejo y averiado frigorífico.

Pero claro está, nadie me lo dijo, entre otras cosas porque mi vida transcurría en soledad, con la única compañía de mi gatito, que aunque le encanta beber leche, dormir en butaca y acostarse a los pies de mi cama, no tiene todavía la facultad de hablar, y menos aún la de pronosticar semejantes golpes de fortuna.

De modo que almorcé mis huevos con bacon, preguntándome qué estaría peor, si el estado de los huevos, que al menos llevaban un mes en el frigorífico y eran mi única y postrera reserva

alimenticia para los malos momentos, o el bacon, que parecía una delgada suela de zapato, rugosa y triste, perdida entre la clara y la yema. La cerveza, por añadidura, estaba caliente y sabía a perros. Fue un delicioso desayuno, evidentemente.

Alguien golpeó dos veces la puerta, y se me atragantó la dura yema de uno de los huevos. Esperé, con el tenedor en alto. Mi gatito clavó sus ojos amarillos en la puerta, a la expectativa, pero no demasiado alarmado. Sabía que no pensaba abrir.

—¡Maldito tipo! —oí rezongar una voz en el pasillo, tras insistir cuatro o cinco veces en la llamada—. No sé si es que no está en casa, o es que le cortaron la luz por atrasos en el pago...

Una delicia. Pero el tipo se marchó, y supe que, de momento, me había librado de un acreedor. Mi felino, habituado a tales experiencias, volvió a acurrucarse en el sillón, reanudando su interrumpido sueño.

Terminé mis manjares, recogí la mesa y lavé los cubiertos, el plato y la sartén, encendiendo un cigarrillo de los cinco o seis que quedaban en mi arrugado paquete de «John Player Special». Aspiré el humo con una sensación de alivio y satisfacción, como si hubiese tomado una pechuga de faisán regada con buen vino francés, en el mejor restaurante de Mayfair.

Era agradable la vida, pensé en un arranque de optimismo, a pesar de todo lo mal que lo estaba pasando últimamente. Y no es que antes hubiera sido mucho mejor, pero en los últimos tiempos, la crisis petrolífera parecía haber llegado también a la sufrida profesión de los detectives privados. Cuando menos, a los de mi categoría.

En los últimos meses, la gente parecía poco o nada preocupada por el hecho de que su cónyuge la engañara con otro amante, y apenas si recurrían a mí para pedirme que vigilara a su pareja o buscara pruebas que facilitaran el divorcio y cosas por el estilo. Es lo malo de ocuparse de esta clase de feos y sucios asuntos, que por otro lado reportan muchas molestias y pocos beneficios.

Cierto que también me ocupaba, cuando fallaba el trabajo en que en mala hora me había especializado, en cobrar facturas difíciles o atender asuntos de otra índole, pero todo ello no pasaba de proporcionarme muy escasos beneficios, aunque los suficientes para, cuando menos, ir comiendo y malviviendo.

Así estaban este día las cosas. Más o menos como el anterior y como diez o veinte más atrás. Las esperanzas eran pésimas, y uno podía imaginar fácilmente que las cosas continuarían igual por largo tiempo, a menos que se produjese un milagro.

Estará mal decirlo, pero no creo en los milagros. Ni siquiera soy demasiado creyente en otras cosas de la religión, la verdad. Lo último que hubiera esperado en este mundo, es precisamente eso: un milagro.

Y, sin embargo, eso es justamente lo que sucedió.

Un milagro.

Un verdadero y fantástico milagro que todavía, hoy en día, no he llegado a entender bien del todo. Y eso que trajo cola el dichoso milagro, ciertamente.

Miré mi reloj antes de afeitarme ante el rajado espejo de mi angosto cuarto de aseo, entre calcetines y *slips* colgados de cordones de plástico a uno y otro lado de la estancia. Eran ya las once de la mañana. No podía decirse que hubiera madrugado mucho, pero lo cierto es que no tenía nada que hacer, me había acostado cerca de las seis, entumecido y con agua hasta los huesos, y la mañana londinense, en estos momentos, no invitaba por cierto a salir y pasear. El cielo tenía color de plomo, lloviznaba constantemente, igual que la noche anterior, y las calles parecían tan grises y tristes como si se fuese a terminar el mundo y estuvieran montando ya sus exequias.

—Maldita sea —refunfuñó—. Si un día tuviera dinero, me iría de Londres al menos por un par de años, a disfrutar de sol y de cielo azul en cualquier punto del Mediterráneo. Uno termina aquí realmente oxidado...

Me vestí con la única chaqueta decente que conservaba, advertí que mi imagen en el espejo no era todo lo mala que podía ser dadas las circunstancias, y me dispuse a salir de mi vivienda-oficina, para hacer algunas gestiones pendientes, de las que con un poco de suerte quizá me fuera posible obtener algún dinero más. De otro modo, veía mal la compra del fin de semana. Estábamos a viernes, y si Dios no lo remediaba, me veía ayunando el domingo, tras agotar mis reservas de dinero el sábado. Y ése era un pésimo panorama para mí.

Ni siquiera me quedaba la esperanza de empeñar mi reloj de

pulsera, porque era el viejo, el único que tenía tras haber empeñado el cronómetro nuevo, adquirido en un momento de euforia ya lejano. Este reloj de ahora, no me lo admitía nadie ni regalado. Y eso que era bastante exacto.

Antes de abrir la puerta, tenía que tomar mis precauciones. Miré por el diminuto agujero de la mirilla. Nada. El rellano estaba desierto. Hubiese sido el colmo de la mala suerte tropezarme al salir con uno de esos condenados acreedores.

Abrí la puerta, tras comprobar que no era ése el caso, y mi gatito me dirigió una mirada afectuosa de despedida, mientras mojaba sus bigotes en la blancura del plato de leche que le había llenado en el rincón inmediato al refrigerador.

—Hasta pronto, «Puss» —le dije con cariño al cerrar la puerta, sabiendo que nadie podía oírme. Hubiera sido negativo para el prestigio de un detective privado saber que me enternecían los animales. No sé por qué, la gente le compara a uno con cualquiera de esos «duros» del cine o la televisión en cuanto saben que es investigador particular.

Cerré con llave, di media vuelta, para dirigirme a la escalera... y sentí un escalofrío.

Me habían pillado.

El caballero alto, solemne, bien vestido, con el tradicional bombín y paraguas de los hombres de negocios londinenses, estaba frente a mí. Su aspecto hubiera hecho las delicias de una agencia de turismo británica, como arquetipo del *gentleman* de la City, digno de un póster de propaganda. Pero a mí, maldita la gracia que me hacía.

Un tipo así solamente puede ser un banquero o un abogado. Y, ciertamente, yo no conocía a más banqueros que los cobradores de efectos bancarios, cuando no podía eludirlos.

Me dispuse a pasar rápidamente por su lado, haciéndome el loco, pero el hombre se paró en seco, me miró escudriñador, y preguntó con voz firme, segura de sí:

—¿El señor Gould? ¿Peter Gould, para ser exactos?

La tierra tembló bajo mis pies. Le miré como si de repente me sintiera desnudo en pleno Piccadilly Circus. No tuve más remedio que afirmar:

—Sí, soy yo. Pero tengo algo urgente que...

—No puede haber nada más urgente que lo que me trae aquí, señor Gould —me cortó con una frialdad inquietante—. Por favor, tenemos que hablar. Ahora mismo.

La cosa se ponía fea. Aquel tipo debía de ser un abogado de alguna firma ejecutiva. Me desahuciarían en dos minutos. Pero no les bastaría con eso, dado el volumen de mis deudas. Sencillamente, luego me enviarían a la cárcel. Era lo habitual en estos casos.

—Lo siento mucho, caballero, pero es que soy detective privado y...

—Sé lo que es usted, señor Peter Gould —me atajó de nuevo, con su glacial tono de antes—. Por algo estoy aquí ahora. E insisto en que tiene que concederme, cuando menos, cinco minutos de su precioso tiempo. Ni uno más.

—Muy bien —resoplé, ya totalmente resignado a lo que se me venía encima como un nublado—. Vamos allá, señor... señor...

—Whitehead —dijo escuetamente—. Lionel Whitehead, de Whitehead & Whitehead.

Lo que me temía. Abogado. La firma me era lejanamente conocida. Una famosa entidad de letrados de la City. Demasiado para mí, para un pobre acreedor hasta el cuello. Alguien quería ensañarse conmigo. Menos mal que la pena de muerte continuaba abolida. Si no, no las hubiera tenido todas conmigo.

—Bien, señor Whitehead —dije, volviendo a meter la llave en mi cerradura—. Lamento no tener sitio mejor para recibirle. Un hogar algo descuidado, un viejo y sucio despacho, todo en desorden...

—No se preocupe —suspiró mi visitante—. Pronto dejará usted esto, se lo aseguro.

Me estremecí. De buena gana le hubiera arrancado el paraguas para rompérselo en la crisma. El tipo no sólo venía a por mí, sino que su cinismo en advertirme de lo que me esperaba, era aterrador.

Gruñí algo entre dientes que, por fortuna, él no escuchó. Le hice pasar. Con su inseparable paraguas y su no menos inseparable portafolios, avanzó delante de mí, dirigió una circunspecta mirada en torno suyo, con aire tan ausente como si fuese el propio heredero del trono de Inglaterra, y me comunicó con su habitual tono inexpresivo:

—Evidentemente, señor Gould, no puede decirse que viva con demasiada holgura. Creí que un detective privado se defendería

mejor en la vida.

—Pues creyó mal. Los hay que viven bien porque tienen fama, un buen despacho y una clientela rica, pero ése no es mi caso, como comprenderá. Por eso quería hacerle comprender que no es que no quiera pagar mis deudas, sino que realmente no puedo, y que...

—Señor Gould, sus deudas me tienen perfectamente sin cuidado —me atajó con sequedad—. Dentro de poco tiempo, espero que no tenga que preocuparse para nada de ellas.

Otra vez el maldito abogado con sus premoniciones, pensé con irritación. Claro que no tendría que preocuparme de nada. Peor que en la cárcel ya no se podía estar.

Le indiqué un asiento, el único realmente sólido y aceptable de la casa, a sabiendas de que no iba a lograr nada con semejante tipo, y que su coraza resultaría más dura que el caparazón de una tortuga.

Me senté ante él. Mi gatito «Puss» se había eclipsado, en una prudente y sabia decisión, que yo lamentaba no poder imitar en aquellos momentos.

—Usted dirá, señor Whitehead —hablé con relativa firmeza—. Aunque imagino fácilmente cuál es el motivo de su visita.

—¿De veras? —dudó el abogado, enarcando sus cejas con un gesto elegante pero displicente a la vez—. Me sorprende mucho que usted pueda saberlo, señor Gould.

—Bueno, la cosa no puede ser peor de lo que imagino, a fin de cuentas. De modo que suelte los que sea, y terminemos —me decidí a hablar con cierta acritud, tomando al toro por los cuernos, como dicen en ciertas latitudes.

—Seré breve, ya se lo dije —abrió su portafolios con lentitud, y extrajo una serie de documentos prendidos por un clip metálico. Los hojeó, indiferente. No pude leer en su rostro la menor emoción. Pero por la cantidad de hojas allí unidas, me imaginé que, cuando menos, iba a pasarme unos cuantos años confinado.

Carraspeó, preguntando con calma:

—Su nombre es Peter Gilmore Gould, ¿no es cierto?

—Sí.

—Edad, treinta años.

—Sí.

—Nacido en Liverpool, de familia de clase media.

—Eso es —pestañeé, preguntándome qué diablos tendría que ver mi familia con mis problemas actuales y futuros.

—Detective privado de profesión.

—Ya le dije que sí.

—Estudios medios, trabajos de oficina en dos empresas, antes de elegir su actual profesión... Soltero.

—Sí, en efecto.

—Sin familia alguna.

—Exacto.

—Muy bien, señor Gould —habló con suavidad Lionel Whitehead—. En ese caso, no hay error posible. Es usted la persona a quién buscaba.

Asentí con la cabeza. Eso lo sabía yo desde el principio. Pero evidentemente, el tal señor Whitehead era muy minucioso en sus procedimientos, antes de aventurarse a decir lo que le había llevado hasta mí.

Tras una pausa, situó ante mí los documentos que había extraído de su cartera de mano, y hasta se permitió una vaga sonrisa.

—Por favor, lea eso y fírmelo —dijo—. Será el reconocimiento implícito de que usted acepta lo que he venido a ofrecerle.

Arrugué el ceño, contemplando receloso los papeles situados ante mis ojos.

—Demasiado texto —comenté—. ¿Por qué no me lo abrevia usted, señor Whitehead, y me dice de una vez por todas qué es lo que tengo que reconocer con mi firma?

—Está bien —suspiró—. Si lo prefiere así, se lo diré, señor Gould. Después, puede usted repasar esos documentos minuciosamente, y devolvérmelos firmados. Comprenderá que para una diligencia tan importante, necesito saber si está usted dispuesto a llegar hasta el final, ocurra lo que ocurra.

—El final... —repelí, con expresión sombría. Aquel hombre tenía un modo desagradable de mencionar ciertas cosas. Mi final no me atraía lo más mínimo, porque desde un principio había sabido cual iba a ser. Apenas vi en el rellano de la escalera al señor Whitehead, ese final había estado claro para mí. Y encima tenía que aceptarlo, firmando mi conformidad. A estos abogados cada vez les entendía menos, maldita sea. Tras una vacilación, terminé por añadir con voz cansada—: Firmaré lo que sea, señor Whitehead, si

con ello evito realmente problemas y dificultades. Como verá, mi mayor deseo es colaborar a que todo termine lo antes posible.

—Una decisión muy razonable, y comprensible por otro lado — se permitió sonreír de nuevo con cierto sarcasmo, contemplándome fijamente mientras extraía de su bolsillo una pluma estilográfica, tan lujosa como pasada de moda, con sus iniciales grabadas en oro sobre el capuchón. Me la tendió, cortés—. Si quiere firmar...

Tomé la pluma con decisión y me incliné sobre los papeles.

Firmé. Luego le tendí la pluma y comenté con frialdad:

—¿Así está bien, señor Whitehead? ¿Va a ahorrarme dificultades el haber cooperado con usted en este trámite?

—Sus dificultades, señor Gould, no se evitarán fácilmente con una simple firma —comentó guardando su pluma con sumo cuidado—. Por el contrario, ahora empieza realmente la danza, en mi opinión. Pero sabía que usted obraría de ese modo. Lo he comprendido apenas le vi.

—¿Eso es un elogio o un reproche? —dudé.

—Un elogio, naturalmente. Es usted un hombre firme, decidido a todo. Le felicito, señor Gould. Ahora, permítame que le ofrezca por mi parte toda la colaboración posible... —miró a su alrededor, pensativo, y añadió, tras unos momentos de silencio reflexivo y calculador—: Supongo que necesitará usted dinero con urgencia...

—Eso no tiene gracia —me quejé—. Sabe que no tengo un chelín, señor Whitehead.

—No, no lo sé, pero es fácil adivinarlo. Digamos que puedo hacerle un anticipo. Estoy autorizado para ello, ocurra lo que ocurra después. De modo que le extenderé un cheque por una cantidad determinada, a cuenta de su dinero. Digamos... diez mil libras. ¿Será suficiente para cambiar de vida?

Le miré, pensando que se había vuelto loco. Aquel tipo decía unas cosas muy graciosas. Venía como abogado a reclamarme el pago de un montón de facturas atrasadas por la vía legal, y encima me hablaba de grandes sumas de dinero.

—Por diez mil libras, señor Whitehead, no me importaría ir de cabeza a presidio para una temporada —gruñí—. ¿A qué vienen esas bromas tan poco divertidas?

Su rostro se estiró, serio como un funeral. Tuvo un modo raro de mirarme, como si se sintiera ofendido por algo.

—Señor Gould, ciertamente no es ésta una situación para gastar bromas, y menos por parte de personas tan serias y responsables como los que formamos la razón social

Whitehead & Whitehead

—manifestó con sequedad—. Supongo que usted recibió anteriormente nuestra carta, sabe de qué se trata el asunto, y está perfectamente enterado de lo que acaba de firmar...

—¿Su carta? —me encogí de hombros, señalando un montón de sobres sin abrir, encima del mueble inmediato a mi hornillo—. Ahí tengo todo el correo de la semana. Aún no he abierto ninguna carta. Todas contienen facturas, cartas exigiendo el pago de deudas, advertencias de bancos y de oficinas legales y todo eso. La suya, señor Whitehead, será una de tantas, puesto que figura en su membrete sin duda el nombre de su bufete.

—Pero, señor Gould, ése ha sido un olvido o una omisión imperdonable —me censuró severamente, enarcando sus cejas con arrogancia—. ¿De veras ignora usted a lo que he venido yo aquí?

—Ignorarlo, sí. Pero me ha sido fácil imaginarlo, señor Whitehead. Son muchos los abogados que me persiguen con demandas de mis acreedores. Usted tuvo la suerte de cazarme justo a tiempo.

Movió la cabeza lentamente. Fue al mueble, rebuscó entre las cartas sin abrir, y extrajo en silencio un sobre con su membrete, que agitó, ceñudo.

—Tuvo usted razón, señor Gould —manifestó, sorprendido—. No sabe nada de nada, y ahora puedo entender mejor muchos de sus inexplicables comentarios. Le diré que está en un completo error, y que no he venido a exigirle pago alguno ni represento a ninguno de sus acreedores. ¿Eso le tranquiliza?

—Pues... sí —le miré, perplejo—. Pero entonces, ¿a qué ha venido usted, exactamente? —Lionel Whitehead carraspeó y me soltó su bomba sin darme tiempo a preparar mis defensas contra semejante ataque:

—A notificarle de forma legal que es usted el heredero de tres millones de libras esterlinas, señor Gould —dijo tranquilamente.

CAPÍTULO II

Tres millones de libras esterlinas.

Nada más que eso. Una cifra mareante. Increíble[1]. Un puro delirio.

Y aquel hombre decía que yo era su heredero.

Al principio, tardé mucho en reaccionar. Lionel Whitehead era el último hombre del mundo en quien uno hubiese imaginado suficiente sentido del humor como para bromear con algo así. Pero por otro lado, aquello no tenía el menor sentido.

Yo no tenía familia. No conocía a nadie de fortuna tan enorme, y menos aún capaz de dejarme a mí un solo chelín. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

Leí los documentos sin prisas. Ahora ya no importaba el plazo concedido a mi visitante. Después, abrí su carta y recorrí las breves líneas allí mecanografiadas, en las que me anunciaba su inminente visita para un asunto de suma importancia.

Ese asunto estaba perfectamente definido en aquella carta que yo no había llegado a abrir:

«Señor Gould, en nuestra inmediata entrevista, podré informarle detalladamente sobre la última voluntad de mi difunto cliente, el señor Eric Munro, que ha legado a usted la suma de tres millones de libras esterlinas».

—Eric Munro... —repetí en voz alta, mirando a Whitehead por encima del papel—. No he oído hablar jamás de él.

—¿No le conocía personalmente? —se sorprendió mi visitante.

—Ni lo más mínimo.

—Era un hombre inmensamente rico.

—Eso ya lo veo. Pero ¿por qué tengo que heredarlo yo?

—Fue su decisión, no la mía, señor Gould —sonrió el abogado.

—Escuche, señor Whitehead. La idea de ser dueño de tres millones de libras es como para enloquecer a cualquiera. Podría empezar a dar ahora saltos de alegría, pero da la maldita casualidad de que aquí ha de existir, sin duda, un tremendo error. Por la sencilla razón de que, si yo no conocía a Eric Munro, resulta sumamente dudoso que él pudiera conocerme a mí. Y menos aún de modo que me dejase una fortuna semejante.

—Pero los hechos son así, por extraños que le parezcan. Es «usted» su heredero, no hay duda de eso. En su testamento figuran claramente indicados su nombre, profesión, señas, lugar y fecha de nacimiento y otros detalles que no concuerdan más que con una sola persona en todo Londres: usted.

—¡Nadie deja a un desconocido tres millones de libras! —clamé.

—El señor Munro lo hizo. Y él era mi cliente. Me limito a cumplir sus deseos. Claro que usted puede renunciar a la herencia. O los herederos que se consideran legítimos pueden tener éxito en su impugnación, que lleva ya otra firma de abogados de Londres, pero lo cierto es que también había previsto eso el señor Munro en su testamento, y puntualiza que, en todo caso, ocurra lo que ocurra con sus parientes, usted percibirá inicialmente una suma anticipada a cuenta de su herencia, fijada en diez mil libras, y que en modo alguno podría ser luego descontada si la esperada impugnación triunfase, porque es un legado intocable que deja para usted como inicio de su legítimo derecho a heredarle, decidido por su propia y soberana voluntad de hombre libre, mentalmente sano.

—De modo que, ocurra lo que ocurra, esas diez mil que usted citó son el pájaro en mano...

—Algo así, señor Gould. Los cientos que vuelan son el resto de dinero, hasta los tres millones. Suma que dependerá de esa impugnación, aunque personalmente creo que no van a poder torcer la voluntad del difunto por mucho que lo intenten, ya que el difunto señor Munro carecía hoy en día de familiares absolutamente directos, como pueden ser hermanos, esposa o hijos.

—Aun así, no me fío lo más mínimo. Puede creermelo que esas diez mil libras me convierten en un potentado y cambian totalmente mi vida —miré desconfiado a Whitehead—. Vamos, si es que puedo disponer realmente de ellas ahora mismo...

—Aquí las tiene —dijo calmadamente, entregándome un cheque ya rellenado, que se limitó a firmar—. He cumplido mi misión. Naturalmente, seguiré representando sus intereses frente a los parientes, en el curso de esa impugnación, puesto que el señor Munro nos nombró sus albaceas testamentarios.

Asentí, pensativo, doblando con aire mecánico mi flamante cheque. Todo aquello era una historia de locos. Aquel tal Munro tenía que haber estado rematadamente chiflado para hacer algo así. Me pregunté, dónde y cómo habría obtenido mi nombre, mis datos personales y, sobre todo, «por qué» me había nombrado su heredero universal.

—No me lo creeré hasta que el Banco me abone estas diez mil libras —manifesté con toda honradez a mi visitante, que se había puesto ya en pie con solemnidad.

—Siendo las cosas como usted dice, le creo —se limitó a asentir Whitehead con una amable sonrisa—. Personalmente, puedo confesarle que tampoco entiendo la decisión del señor Munro, pero no es tarea mía ese asunto, ni tengo por qué opinar al respecto.

—¿Usted conocía bien al señor Munro? —me interesé.

—Por supuesto. Muy bien.

—¿Era... era un excéntrico?

Su expresión ante mi pregunta resultó significativa.

—El más excéntrico que he conocido —admitió—. Pero mentalmente equilibrado como pocos. Inteligente, sagaz, observador y lúcido. Un gran jugador de ajedrez, además. Y un hombre divertido, con una existencia pródiga en peripecias.

—Vaya... —suspiré—. Un hombre singular, en suma.

—Sí. Creo que eso le definiría muy bien.

—¿Cuándo ha muerto?

—Hace solamente una semana —me respondió, escueto.

—¿Tenía mucha edad?

—Cincuenta y nueve años. Fuerte como un roble, y sano tanto física como psíquicamente, contra lo que muchos pudieran pensar. Su médico, el doctor Hodges, estaba admirado de su fortaleza y estado de salud.

—¿Y... de qué murió? —quise saber, profundamente intrigado.

Me miró largamente. Sus ojos eran extraños al responder. Tenía como una sombra de preocupación, que justificaban sus palabras:

—«Asesinado», señor Gould. Al señor Munro le asesinaron.

¡Eric Munro, asesinado!

Era el titular de aquel periódico que estaba examinando en la hemeroteca, apenas cobradas en el Banco las diez mil libras del cheque de Lionel Whitehead, Un diario de ocho días atrás. Un diario que yo nunca había leído antes. Es lo malo de no leer habitualmente los periódicos. Aunque de haberlo leído, tal vez ni me hubiese fijado en aquel amplio titular de tercera plana.

Leí la noticia cuidadosamente, estudiando la fotografía que aparecía junto a los titulares. Allí estaba mi benefactor ignorado, el misterioso y fantástico Eric Munro, capaz de legar en vida tres millones de libras a un perfecto desconocido a quién no había visto nunca.

Examiné su rostro sólido, cordial, saludable, sus claros ojos, su cabello abundante y canoso, su sonrisa sardónica, que revelaba un curioso sentido del humor. Aquél había sido el millonario excéntrico, como citaba el periódico, capaz de amasar su enorme fortuna luchando toda su vida en las finanzas y en la explotación de terrenos y compra-venta de fincas por toda Inglaterra. Anteriormente, había hecho su primer dinero, base de su posterior fortuna, lejos de Gran Bretaña, viajando por el mundo y dedicándose a negocios que mucha gente consideraba no del todo legales, pero válidos para ganar dinero con cierta facilidad.

Eric Munro me interesaba como ser humano, después de todo. Era la persona que más podía interesarme en estos momentos. Un hombre capaz de legar una suma tan increíble a un hombre a quién no conoce, tiene que interesar por fuerza, sobre todo al beneficiario de tan insólito testamento.

Pero me interesaba también su muerte. Aquel oscuro asesinato de que había sido víctima el magnate, sólo ocho días antes.

El lugar de su muerte estaba situado, según la información del diario, en el norte de Inglaterra, en una vasta propiedad conocida con el poético nombre de Los Acres Dorados. Me pregunté dónde estaría eso exactamente. El periódico no lo concretaba.

La muerte de Eric Munro se había producido por envenenamiento. Al ser hallado su cadáver, el médico personal del fallecido, doctor Vincent Hodges, había visto fácilmente las huellas de un tóxico, tanto en el aspecto como en la expresión de la

víctima, exigiendo inmediatamente la autopsia del cadáver.

Esa autopsia había revelado, sin lugar a dudas, la ingestión de un poderoso alcaloide, que provocó en el difunto una penosa agonía, cuyas terribles huellas eran visibles en su crispado rostro y en la coloración de su piel y la dilatación de sus pupilas, según testimonio del propio médico a los periodistas.

La policía había iniciado la encuesta, pero de momento ésta se hallaba en sus inicios, y el *coroner* [2] encargado de: a misma, un ciudadano prestigioso de la localidad donde se hallaba Los Acres Dorados, se negaba a manifestar impresión personal alguna a los medios informativos.

Eso era todo cuanto mencionaba el periódico. Ni la menor alusión a la familia, a los parientes y herederos de Eric Munro.

Terminé mi lectura sabiendo tan pocas cosas como sabía al iniciarla. Todo se reducía a la existencia indiscutible de un homicidio en la persona del millonario, y a las correspondientes investigaciones policiales en la vecindad del lugar donde ocurriera el trágico suceso.

—Es extraño... —comenté, saliendo de la hemeroteca y enfrentándome, pensativo, a la mañana nubosa y con lluvia de Londres, aunque ahora me resultó el día mucho menos triste, quizá porque diez mil libras en el bolsillo podían cambiar mucho el prisma con que uno mira las cosas que le rodean—. Muy extraño. Un millonario deja su herencia a un desconocido como yo, que resulta ser detective privado, y luego él muere asesinado por medio de un alcaloide...

Claro que yo era un detective que no se ocupaba de asuntos tan serios como un asesinato. Para eso estaba la policía. Contra lo que mucha gente cree, los detectives esos que compiten con las autoridades para investigar un crimen, no existen más que en la imaginación de los escritores. La mayoría son como yo, personas vulgares, dedicadas a investigar asuntos vulgares, casi siempre de infidelidades conyugales y cosas por el estilo o, como máximo, asuntos de espionaje industrial y asuntos semejantes. Pero nunca una muerte violenta. Para eso ya teníamos a Scotland Yard.

Regresé lentamente hacia mi domicilio, pensando en todo lo que mi nueva y pasmosa situación me producía. De un hombre acorralado, lleno de deudas y perseguido por los acreedores, a

convertirse uno en una especie de potentado por arte de pura magia, es un trance harto difícil de digerir para cualquiera. Al menos, es lo que yo pensaba, e imagino que cualquier otro en mi lugar pensaría lo mismo.

Antes de llegar, me detuve en unas oficinas a abonar una serie de deudas pendientes. El encargado de tramitar sus pagos, me miró con un inmenso estupor, como preguntándose si era posible que un moroso como Peter Gould pudiese pasar por allí a cancelar todas las cuentas pendientes, como si tal cosa.

Después, pasé por otro Banco y aboné una serie de letras y facturas, riéndome de buena gana con el rostro de asombro del empleado a quién pagué. Lo cierto es que me sentía infinitamente más tranquilo cuando llegué a mi casa en esta ocasión. Una casa que, como dijera Whitehead, pronto tendría que abandonar. Un tipo con tres millones de libras en perspectiva siempre que la impugnación no prosperase, tiene que buscarse algo mejor para vivir. Y diez mil libras eran ya un buen principio para intentarlo.

Subí la escalera presuroso. Mi idea era recoger unas cuantas cosas, meterlas en una maleta y recoger a «Puss» bajo el brazo, yéndome en busca de un apartamento confortable cercano a Piccadilly Circus. Ése ha sido un lugar que siempre me ha gustado, aunque para algunos resulte un canto ruidoso. La verdad es que me gusta el ruido de vez en cuando.

Llegué al rellano y me aproximé a la puerta de mi viejo y sucio alojamiento. Me paré de repente, con cierta extrañeza. «Puss» había maullado. Oí clara y distintamente el sonido agudo y aterciopelado de su suave maullido. Algo raro. Muy raro. Nunca había hecho «Puss» algo semejante al llegar yo, aunque sabía que intuía mi presencia con esa rara capacidad de los felinos para semejantes cosas.

Seguramente no tendría importancia —pensé—. Pero me puso en guardia contra algo que ni siquiera sabía lo que podía ser. Cuando introduje la llave en la cerradura y la hice girar, el maullido apagado se repitió, más distante.

Abrí la puerta.

Creo que me salvó precisamente eso: el hecho de estar con los nervios en una relativa tensión a causa de la insólita actitud del bueno de «Puss». Mi gato, con ese comportamiento desusado en él,

libró mi vida en ese momento.

Porque el extraño personaje del interior, disparó sobre mí a bocajarro.

Apenas empujé la hoja de madera, le vi. Y vi su pistola negra, pavonada, provista de un largo y feo tubo silenciador. Me tiré de bruces, sin pensarlo una sola décima de segundo, por puro movimiento reflejo.

El disparo sonó como un taponazo áspero. La llamarada buscó mi cabeza. Pero no la encontró, por fortuna para mí. Oí silbar el proyectil por encima de mis cabellos, cuando me precipité de bruces al sucio suelo polvoriento. En algún lugar de la casa, «Puss» maulló de nuevo lastimosamente, como si llorase un poco por mí. Y el buen felino tenía sobrados motivos para ello.

El individuo que intentara matarme, apuntó de nuevo. Oí una sorda imprecación bajo su máscara.

Porque el tipo iba enmascarado con una especie de pasamontañas oscuro, color azul marino, que sólo permitía ver sus ojos. Y aun éstos, ocultos por unas gafas de sol, no me resultaban demasiado nítidos.

Cuando advertí que iba a hacer fuego por segunda vez, corrí agazapado hacia él, como un toro furioso, y al entrar en mi alojamiento derribé una silla que fue a golpear contra sus piernas. La idea resultó, y el tipo volvió a errar el disparo, esta vez con mayor diferencia.

Busqué otro mueble para golpearle con él, pero tras su segundo intento empezó a comprender que las cosas se le ponían difíciles, trastabilló en la silla que yo le había tirado al entrar, y le oí gruñir algo sordo bajo la lana que enmascaraba su rostro. Después, echó a correr hacia la salida.

Alargué mis brazos y pude aferrar sus tobillos, tirando de ellos con violencia. El intruso perdió el equilibrio, vaciló, y al intentar aferrarse a algún mueble, sus dedos se abrieron, soltando la pistola, que rodó no lejos de mí. Rápido, descargué un puntapié al arma, y la alejé hasta perderse de vista debajo de un armario, lejos de su alcance, aunque también del mío.

Cuando ya caía mi adversario, reaccionó, sujetándose por un brazo a la pared, y pudo recuperar el equilibrio, soltándose un formidable patadón en el rostro, que me nubló la visión, al saltar

por mis fosas nasales un par de copiosos chorros de sangre. Forcejeó hasta soltarse, mientras yo pugnaba con la sangre que invadía mis ojos, y no era capaz de ver nada. Oí un bufido de «Puss» no lejos de mí, cuando el individuo echó a correr, saliendo de mi vivienda como alma perseguida por el diablo.

Me quedé tendido en el suelo, echando sangre como un cerdo, jurando entre dientes con rabia, y maldiciendo la cantidad de estupideces que había hecho para permitir que aquel tipo se escapara de entre mis manos definitivamente.

Pero cuando menos, existía una idea que no dejaba de ser un consuelo, en medio de la irritación que me producía verme burlado por el intruso; seguía con vida, tenía mi piel intacta. Después de dos disparos sobre mi persona, sin llevar yo encima arma alguna, ya era algo.

Me incorporé, limpiándome como me era posible. Había gotas rojas por doquier. A mis pies, «Puss» se frotaba afectuosamente con mis piernas. Le miré enternecido.

—Eres un buen chico —le elogí—. Gracias a ti sigo existiendo, «Puss». Te mereces doble ración de leche. Y la tendrás, te lo aseguro, muchacho.

Cerré la puerta, y fui al lavabo a limpiarme un poco. Después, ya con el rostro sin huellas de sangre y la nariz taponada adecuadamente, regresé junto a «Puss», le puse un plato lleno de leche, y luego busqué el arma de mi agresor bajo el armario. La tomé con mi mano sin preocupación. Había observado que su dueño llevaba guantes, por lo que no era fácil que hubiera huellas en la pistola.

Examiné la misma atentamente. Era una automática de calibre 38. El tubo silenciador era nuevo y bien acoplado al cañón, Olía fuertemente a pólvora. Si no hubiera tenido la suficiente dosis de suerte, ahora estaría agujereado por sus proyectiles.

Me pregunté por qué había sucedido aquello. Y precisamente ahora, cuando mi suerte parecía cambiar tan radicalmente. Nunca me ha gustado creer en las casualidades, porque éstas se producen muy rara vez en la vida y nunca lo explican todo satisfactoriamente.

Hasta este momento, mi vida no había molestado a nadie, ni nadie intentó jamás terminar violentamente con ella, aunque muchos maridos adúlteros y muchas esposas infieles cuyos engaños

descubriera yo durante mi trabajo para algún cliente, hubiesen deseado estrangularme en el momento de perder su pleito de divorcio. De eso a venir a mi casa empuñando una pistola sofisticada, provista de silenciador, mediaba un abismo.

El agresor, evidentemente, era un asesino nato.

Solamente la buena fortuna, mis reflejos ante una situación peligrosa, y quizá también el nerviosismo del visitante al tener que pisar terreno enemigo para atacar, habían evitado lo peor. Y mi piel continuaba sin agujerear.

Pero eso no me tranquilizaba totalmente. La amenaza existía. El arma homicida estaba allí, en mis manos ahora. Era la evidencia clara, concreta, de que alguien había intentado asesinarme a domicilio. Y quizá lo intentara de nuevo después de su fracaso inicial.

—Maldita sea, ¿y por qué? —me pregunté en voz alta, sacudiéndola cabeza, mientras «Puss» reaparecía, ronroneando pegado a mi pantalón, quizá satisfecho al ver que no había perdido a su amo.

No pensaba entregar esta arma a la policía. Después de todo, era como un trofeo de guerra. Había sido utilizado contra mí por un desconocido criminal. Y ahora me pertenecía. Tal vez en alguna ocasión pudiera devolverle la fineza a mi ignorado enemigo.

Guardé el silenciador en un cajón, y me puse el arma en un bolsillo. Después de todo, adquirir una era bastante caro, y yo podía ahora hacer válida mi licencia para llevar un arma de fuego, como detective privado que era. Ésta me iría de maravilla, especialmente si volvía a pasar por una experiencia semejante.

Me sentí algo más tranquilo ahora. En la próxima ocasión en que apareciese un tipo armado delante de mí, no iba a tener ningún miramiento en devolverle idéntico trato. No me gusta en absoluto la idea de irme a la Morgue sin defenderme siquiera. No va conmigo, por pacífico que sea habitualmente.

Empecé a recoger una serie de cosas útiles que había por el apartamento. Sinceramente, eran tan pocas que todas cabían en un pequeño maletín. Tomé una cesta y metí en ella a «Puss», que me miró sorprendido, preguntándose qué diablos significaba todo aquello. Le acaricié la cabeza, explicándole:

—Nos vamos, amigo. Tenemos que cambiar esta pocilga por un

sitio decente. Ya no soy un muerto de hambre, ¿sabes? Ni tendrás que comer las sobras de lo poco que yo comía. Te compraré latitas de comida para gatos, de esas que venden en los supermercados. Vas a ser un gato aristócrata o poco menos, ¿no te gusta la idea?

Emitió un leve maullido y se frotó los hocicos con su pauta, no sé si en señal de complacencia o para demostrarme que no entendía absolutamente nada. Con maletín y cesto, salí de mi vieja residencia, esperando no volver a ella nunca más, aunque resultara fallida la herencia de Eric Munro, por vencer sus parientes en la solicitud legal de impugnación. Fuese como fuere, no quería regresar a un sitio semejante.

Cuando pisé de nuevo la calle, era como una liberación, y lo sabía. Posiblemente mi vida seguiría siendo siempre igual de miserable y mediocre que hasta ahora. Pero iba a poner de mi parte todo lo posible por impedirlo, aun sin los millones de Munro en mi cuenta corriente. Estaba dispuesto a luchar duro por ello. Esto de la fantástica herencia de un hombre desconocido, tal vez era el revulsivo que una persona espera para cambiar radicalmente de objetivos en su existencia.

Me alejé en mi coche usado, en dirección a Piccadilly Circus, para ocupar mi nuevo alojamiento.

Pero esto iba a ser solamente de modo provisional, aunque yo lo ignoraba aún. Porque sólo unas horas más tarde, iba a dirigirme a Los Acres Dorados, la mansión que Eric Munro, mi benefactor, poseía en el norte de Inglaterra...

Y me iba a enfrentar a algo peor que un simple asesinato por veneno.

Pero eso yo aún lo ignoraba. Y viene más tarde. En otro momento de esta historia.

CAPÍTULO III

El segundo incidente realmente grave, ocurrió aquella misma noche.

Yo había salido a cenar con una chica. Era una rubita atractiva, algo llenita, de senos generosos, como me gustan a mí las mujeres, no demasiado inteligente, pero muy afectuosa y nada mojigata a la hora de acostarse con uno, si llegaba el caso.

Que casi siempre llegaba, porque tenía una endiablada forma de bailar, pegada a uno, hasta que la sangre entraba en ebullición y se hacía inevitable el desahogo.

Cenamos en un restaurante de Soho, vimos un espectáculo erótico no lejos del mismo local, y luego decidimos tomar una copa y bailar en otro local nocturno, cercano a Piccadilly Circus. Los espectáculos eróticos, por fuertes que sean, te dejan indiferente. Pero a la rubita Molly no le ocurría igual, y sus caricias mecánicas en mis muslos y en mi pecho, me pusieron ya a buena temperatura. Luego, el baile, notando sus abundantes senos contra mi torso y sus ingles clavadas en las mías, terminó por ponerme al rojo vivo.

—¿Qué tal si vamos a mi nuevo apartamento y lo estrenamos adecuadamente, encanto? —le pregunté entre pieza y pieza.

Ella sonrió, mostrándose la puntita rosada y húmeda de su lengua entre los labios gordezuelos, me guiñó un ojo maliciosamente, y se arqueó contra mí de un modo incitante.

—Como quieras, Peter, cariño —me respondió melosa.

La llevé en volandas hacia la salida, sin terminarnos siquiera la botella de champaña. Me sentía a punto de estallar, gracias a las habilidades de Molly para encenderle a uno la sangre.

Y justamente entonces, tuvo que ocurrir aquello.

Abandonamos el club nocturno, y me dirigí al punto donde había dejado aparcado mi coche, llevando de la mano a Molly, que parecía tan impaciente como yo mismo por llegar a casa y

demostrarme lo que era capaz de hacer con su pareja cuando su termómetro sexual se ponía a tope.

En ese instante, oí el ronco y potente rugido del motor, no lejos de mí. Giré la cabeza, por puro instinto.

Tuve el tiempo justo de pegar un formidable empujón a Molly, arrojándola a la acera violentamente, mientras yo mismo pensaba, durante una décima de segundo realmente decisiva, lo que podía hacer para eludir la muerte rodante que se me venía encima.

Los faros del automóvil lanzado a toda velocidad contra mí, me envolvían en un halo cegador, deslumbrándome. Las ruedas maullaban en el asfalto de Piccadilly, mientras la mole del pesado automóvil oscuro se precipitaba sobre mí como un rodillo mortal.

Si mi incertidumbre hubiese durado otra décima de segundo, no hubiera habido remedio alguno. Y mi final hubiese sido bajo aquel vehículo, triturado por su impacto y su paso por encima de mi cuerpo.

Pero lo hice justo a tiempo. Me lancé de costado, con una zambullida que no hubiera mejorado el propio Tarzán. Sólo que yo tenía que lanzarme sobre el duro asfalto húmedo, y no sobre una superficie líquida que me engulliese blandamente.

Mi cuerpo golpeó brutalmente el asfalto, lejos de las ruedas mortíferas, aunque no demasiado. El guardabarros me alcanzó, y sentí que algo me cortaba el brazo y el rostro, con su impacto doloroso, mientras me esforzaba dando volteretas en el suelo, para eludir cualquier posible atropello.

El grito de Molly me llegó nítido, entre el rugido del motor y el largo chirrido de neumáticos, mientras el coche se subía a la acera, para terminar virando en la esquina inmediata, con un bamboleo peligroso, y desaparecer, a toda velocidad, camino de Regent Street. La mole roja de un autobús me lo ocultó momentáneamente, y cuando el vehículo público se hubo alejado, ya no había ni rastro del automóvil que pudo haberme dejado hecho una lámina sangrante adherida al asfalto.

Me incorporé con dificultades, mientras algunos transeúntes corrían a auxiliarme y un policía hacía sonar su silbato, sin dejar de avanzar a largas zancadas hacia mí.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien con solicitud.

—Creo que sí, dentro de lo que cabe —murmuré, contemplando

el desgarrón en mi manga, a través del cual se descubría la piel de mi brazo, rasgada y ensangrentada. También la mejilla me dolía, y cuando me pasé una mano por ella, la... miré llena de sangre. El impacto del guardabarros había dejado sus penosas huellas en mi persona.

—¡Peter, Peter, mi vida! ¿Qué te ocurre? ¿Qué te hizo ese bárbaro?

Era Molly quién gritaba. La vi llegar, asomar su rubia cabecita por detrás de los reunidos en torno mío, con expresión asustada. Estaba algo despeinada, pero eso era todo. Me tranquilizó que, al menos, ella estuviese ilesa. Podíamos haber sido víctimas los dos del demencial conductor.

—Amigo, se libró de una buena —comentó otro, arrodillado junto a mí, y mirando al policía que ya se inclinaba a mi lado con solicitud—. Ese tipo debía de ir borracho o loco, para hacer lo que hizo...

Yo no contesté. Pero hubiera podido decirle que no creía que la persona sentada al volante del coche oscuro fuese un loco ni un beodo. Ni el intento de atropello un simple accidente.

Esto ocurría sólo unas horas después de que un tipo con pasa montañas al rostro, intentara asesinarme a tiros en mi propia vivienda antigua. Demasiadas coincidencias para admitirlas como tales. Yo sabía ahora que, por segunda vez, alguien había intentado matarme.

Y todo eso no podía tener relación más que con una sola cosa: el asesinato de un hombre llamado Eric Munro en Los Acres Dorados.

—¿Crees de veras eso, amorcito? ¿Qué intentaron matarte?

—No es que lo crea, Molly, Es que estoy seguro.

—Pero... ¡pero eso es horrible! —se asustó ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Por qué no se lo dijiste así a la policía, cuando estuvimos en el cuartelillo, después de que te atendieran en el hospital?

—Porque no hubiera servido de nada, y hubiese complicado demasiado las cosas, prolongando nuestro regreso a casa —suspiré, moviendo la cabeza con pesimismo—. No tengo la menor prueba de lo que digo. Si ellos hubieran aceptado mi declaración, hubiese tenido que firmar muchos papeles y sufrir varios interrogatorios. No me siento con ánimos para ello, la verdad.

—¿Y si lo intentaran otra vez? —temió Molly, humedeciendo sus gordezuelos labios.

—Tendré que correr el riesgo. No puedo andar por ahí con una escolta de policías que cuiden de mi seguridad personal. Confío en que, de momento, no repitan la intentona.

—¿Por qué querría nadie matar a un hombre como tú? —se extrañó Molly, ayudándome a tenderme en la cama, tras, quitarme cuidadosamente la camisa, dejando mi brazo vendado al descubierto y depositándolo con suave ternura sobre la sábana—. No eres un detective de esos que salen en el cine, Peter...

—Claro que no. Pero ha ocurrido algo últimamente. Algo que yo no entiendo bien, pero que me ha hecho dueño de un dinero como llovido del cielo. Creo que lo que sucede está relacionado con ello, de un modo u otro.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. Por ahora, intentar descansar, dormir un poco a ver si mañana me duele menos este maldito brazo...

—¿Te duele la herida del rostro?

—No, ésa no —me toqué el esparadrapo que me cubría la mejilla—. Pero el desgarró del brazo me molesta bastante. Menos mal que es el izquierdo. Espero poder usar una pistola con el derecho, llegado el caso.

—Me asustas, Peter...

—También yo estoy asustado. Nunca me vi antes de ahora con un asesino —suspiré.

—¿Crees que vale la pena tener un apartamento bonito como éste, y un traje como el que te ha arruinado ese coche, a cambio de correr un peligro semejante, Peter?

—Yo no elegí este camino. Alguien lo hizo por mí, y ya ha muerto. No puedo volverme atrás. Si hay que luchar, lucharé.

—Peter, me preocupa tu seguridad, tu vida... —gimió y, dejándose caer, melosa, sobre mi pecho y jugueteando con sus suavísimos dedos en mi vello, amorosamente—. Te prefería antes, cuando podíamos salir una noche sin riesgos...

—Las cosas han cambiado, y no por mi gusto —rezongué, apoyando la cabeza en la almohada, mientras Molly empezaba a quitarme el pantalón suavemente, como solo ella sabía hacerlo.

Cuando me dejó solamente con mi *slip* por toda prenda se

incorporó, colgando cuidadosamente las flamantes ropas en una silla —aunque mi chaqueta estaba realmente hecha una ruina por culpa del atropello—, y me guiñó un ojo, empezando a desabrochar su blusa con lentitud.

—Espero que, aunque estés cansado y necesites reposo y sueño, no me hayas traído a casa para servirte solamente de enfermera... —me dijo burlonamente.

—No lo sé —gemí—. Me siento realmente mal, Molly.

—Yo haré que te sientas mejor —dijo, liberando sus espléndidos pechos con desenvoltura, y empezando a descender la falda a lo largo de sus llenos muslos—. Luego, podrás dormir como un angelito...

Conocía bien las habilidades de Molly. Mientras se desnudaba, contemplaba absorto la plenitud esponjosa y blanca de sus senos llenos, macizos, oscilando con cada uno de sus movimientos. Ese hermoso espectáculo tuvo la virtud de que el brazo dejase de dolerme y mi virilidad se sintiera excitada de nuevo.

—De eso estoy seguro —manifesté, cuando ella, totalmente desnuda ya, saltaba a la cama, se metía entre las sábanas a mi lado, y empezaba a cubrir mi cuerpo de besos y caricia que no hacían sino enervarme más y más, hasta el punto de que ya sólo existiera para mí una idea fija: Molly. Molly y su cuerpo...

Con un brazo inmovilizado, me bastó el otro para rodearla y atraerla hacia mí. Sus manos terminaron de desnudarme momentos, después, la oía gemir al recorrer con mi boca sus formas pectorales, plenas y rotundas. Se enroscó a mí. Sentí el fuego de su piel, quemando la mía. Su boca se estrujaba en mis labios, nuestras lenguas batallaban desesperadamente. Los tibios muslos femeninos me rodearon en un cerco palpitante y ardoroso. Luego, supe que había llegado a lo más profundo de su ser, y que Molly era mía. Sus jadeos de placer me hablaron de su propia dicha. Y ella, con sus caricias, me hacía también feliz, a medida que nuestra amorosa batalla alcanzaba su clímax en la calma de aquel nuevo domicilio donde ella y yo nos entregábamos a una pasión que incluso me hacía olvidar la desagradable realidad de que alguien, en Londres, intentaba asesinarme y lo había pretendido ya por dos veces, fallando en su plan.

Molly tenía razón en esas cosas. Me sentía mejor ahora. Mucho

mejor. Y cuando la batalla terminase bajo las sábanas, dormiría como un angelito. Sólo que con una mujer como Molly junto a uno, nunca se sabe cuánto puede durar un momento así...

«Puss» me contempló fijamente cuando hubo terminado el plato de leche. Seguro que notaba algo raro en mí. Los animales tienen un instinto especial para esas cosas, particularmente los gatos.

Era verdad. Me sentía raro.

Sentado ante el periódico de la mañana, mojando tostadas con mantequilla en mi café con leche, los ojos somnolientos, el brazo izquierdo doliéndome endiabladamente, y el cuerpo tullido por la paliza amorosa a que lo sometiera la insaciable voracidad sexual de Molly, me sentía realmente mal esta mañana. Ni siquiera la idea de vivir en aquel nuevo apartamento y con dinero suficiente en mi bolsillo, lograba levantar demasiado mi moral en estos momentos. Tal vez era porque persistía la maldita llovizna en Londres, más allá de los cristales de mi ventana, entristeciéndolo todo. O tal vez porque cada vez estaba más seguro de que el hecho de ser el heredero de Eric Munro me convertían en una pieza vulnerable para algún cazador peligroso y sutil que me acechaba.

—«Puss», creo que tendré que dejarte unos días en la Protectora de Animales, bien atendido por ellos —comenté, ceñudo, mirando a mi gato—. Voy a pasar al contraataque. Y eso lo entiendo yo solamente de una manera: viajando a Los Acres Dorados. Tal vez esa maniobra desorienta al tipo que está intentando enviarme a la Morgue.

«Puss» quizá no me entendía, pero maulló lastimosamente, como quejándose de algo. No sé si intuyó que iba a quedarse sin mí durante un tiempo... o si temía algo mucho peor, como era el no volver a verme más.

—No te asustes, amigo —añadí, terminando mi desayuno—. Procuraré volver sano y salvo. Le tengo demasiado cariño a mi piel para arriesgarla tontamente...

Pero lo cierto es que no podía saber si mis intenciones serían factibles o no. Dependía de mí solo en cierta manera. El resto, estaba en manos de alguien. Tal vez del que intentó matarme por dos veces en Londres, una con un arma de fuego y la otra lanzándome un coche encima.

El mismo, quizá, que envenenó a Eric Munro, el hombre de los

tres millones de libras esterlinas.

Se interrumpieron de pronto mis reflexiones. Miré a «Puss». Mi gato había erizado sus orejas súbitamente. Los bigotes estaban tiesos, y los ojos amarillos fulguraban, fijos en la puerta del apartamento.

Me puse en guardia. Él no actuaba así por simple capricho.

Poseía una especial intuición para captar cosas como la proximidad de una persona desconocida, pongamos por caso. ¿La proximidad de un asesino?

Eso era lo que empezaba a preocuparme.

Me incorporé con rapidez y sigilo y alargué mi mano hasta la chaqueta colgada de una silla. Extraje el arma que obtuviera de mi agresor.

Justo en ese momento, pulsaron el timbre de la puerta. «Puss» erizó su pelo, y arqueó el lomo, amenazador. Miré hacia la hoja de madera, allá en el recibidor, con expresión tensa, sin duda alguna. Todos mis nervios estaban en este momento rígidos como varillas de acero.

Me incorporé sin hacer ruido. Avancé hacia la puerta con lento y sigiloso paso. «Puss» no se perdía detalle. Ni de mí, ni de la puerta cerrada, tras la cual esperaba alguien. Tal vez la misma muerte.

El timbrazo se repitió. No significaba nada. Al abrir, era posible que alguien vaciara un cargador en mi cuerpo, me atravesara con un cuchillo o me arrojase al rostro un ácido corrosivo para cegarme y desfigurarme de por vida. Ninguna de esas ideas me resultaba alentadora. También cabía en lo posible un explosivo conectado al timbre. Las formas de matar a una persona con eficacia, resultan virtualmente infinitas.

Estaba ya ante la puerta cerrada. Moví mi mano izquierda, pese al intenso dolor que me afectaba a ese brazo, para mantener en la diestra la pistola, a la espera de poder cubrir a mi visitante sin riesgos inútiles. Logré girar el pomo de la cerradura con cierta dificultad. Y abrí.

Mi arma apuntó directamente a la persona que se disponía llamar de nuevo. Nos quedamos mirándonos con fijeza, separados por la rigidez del negro metal pavonado.

Era una mujer.

La mujer más hermosa que yo había visto jamás. Y había

conocido a bastantes.

—Buenos días —saludó con una sonrisa, mirando al arma con ojos ligeramente abiertos por la sorpresa—. Veo que no me recibe con mucha cordialidad, señor Gould...

No me confié por su bonito rostro, su atractiva figura; su sonrisa encantadora. También los asesinos pueden tener todo eso y ser del sexo femenino. Al menos, así ocurre muchas veces en el cine y en las novelas. Y hasta en la vida real.

—Lo siento —dije secamente—. En las últimas horas me he hecho especialmente sensible a cierta clase de riesgos, señorita. No quiero morir tan joven, eso es todo.

—Yo no vengo a matarle —amplió su sonrisa al decir esto.

—Eso no puedo saberlo. Ya lo intentaron dos veces. Ésta podría ser la tercera.

—Debí imaginar que ocurriría —suspiró con expresión repentinamente seria—. Sí, era lógico que usted corriese peligro, señor Gould. Tres millones de libras justifican muchas cosas.

—¿Incluso el crimen?

—Sí. Incluso el crimen. Eso, sobre todo —movió la cabeza con énfasis, afirmando—: Ya sabrá cómo murió su benefactor, ¿no es cierto?

—Sí. Ahora dígame dos cosas, señorita. ¿Quién es usted y cómo encontró mi nuevo domicilio?

—Mi nombre es Velda Reyes. Soy sobrina de Eric Munro —explicó—. Primero fui a buscarle a su antiguo domicilio, y no le encontré. Entonces recurrí a la firma de abogados

Whitehead & Whitehead,

y hablé con el socio de la entidad que se entrevistó ayer con usted.

—Entiendo. Y Lionel Whitehead le informó de mi cambio de alojamiento. Él fue el único en ser informado por mí de esta nueva dirección. La felicito, señorita Reyes. Su proceso deductivo fue bueno para dar conmigo.

—Viniedo de un profesional, no sé si eso es un halago o una burla —sonrió ella, sin quitarme los ojos de encima—. Pero ¿no cree que la situación empieza a ser un poco ridícula, permaneciendo los dos aquí, con ese arma de por medio?

Tenía más razón que un santo. Yo mismo empezaba a sentirme ridículo. Guardé el arma, me hice a un lado y la invité con cierta

sequedad:

—Está bien, señorita Reyes. Pase usted. Aunque supongo que ésta no será una visita de cumplido ni precisamente amistosa...

Entró mientras me respondía y yo cerraba la puerta.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Porque usted es sobrina de Eric Munro.

—¿Y qué?

—Es uno de sus parientes. Imagino que vendrá a tratar de llegar a un acuerdo sobre esa herencia, antes de proceder a su impugnación.

—¿Por qué habría de impugnar la herencia?

Habíamos pasado a mi gabinete. «Puss» la miraba desde el sofá, mientras se relamía, tras saborear su plato de leche. Me sorprendió ver que no reflejaba hostilidad ni recelo alguno hacía mi visitante.

—Es obvio, ¿no? —gruñí, y añadí, invitándola a sentarse—: ¿Una taza de café?

—Sí, gracias —aceptó ella con sencillez, acomodándose a una de las sillas.

Le preparé la infusión, mientras añadía, eligiendo cuidadosamente mis palabras:

—El señor Whitehead ya me habló de la familia y de sus lógicas decisiones respecto a la herencia. Sé que van a impugnar la decisión de Eric Munro, y me parece razonable. Yo haría lo mismo en su lugar. Después de todo, soy un extraño absoluto para todos ustedes, y también lo fui para Munro. No sé por qué tuvo que dejarme esa enorme fortuna, pero lo cierto es que lo hizo, y la decepción y disgusto de la familia resultan lógicos.

—Yo no soy «la familia», señor Gould.

—¿Ah, no? —enarqué las cejas, depositando la taza ante ella, junto con una jarrita de leche y terrones de azúcar—. ¿Qué es usted, entonces?

—La única amiga sincera que tío Eric tuvo en el mundo.

—Eso no cambia las cosas, señorita Reyes. Además de amiga suya, usted es su sobrina. Tiene mucho más derecho que yo a heredar su fortuna.

—No he venido a hablarle de eso, señor Gould. Entre otras cosas, porque no deseo esa fortuna.

—¿Ah, no? —la miré perplejo. Su opinión me resultaba increíble

—. ¿Piensa renunciar graciosamente a todo derecho sobre ese dinero?

—Ya lo hice en vida de tío Eric —suspiró ella—. Le pedí que nunca me nombrase heredera suya. Que no quería su dinero, sino solamente su felicidad.

—Parece que él le respetó ese deseo. Pero lo hizo extensivo al resto de la familia.

—Sí —rió ella suavemente, afirmando con la cabeza mientras se servía dos terrones de azúcar en el café, sin probar la leche—. Eso es lo más divertido de todo.

—¿Divertido? A sus parientes no debe parecérselo.

—Oh, claro que no. Ahí está precisamente lo divertido del caso. Tío Eric era genial. Logró burlarles a todos incluso en su último momento. Alguien debe sentirse terriblemente furioso y defraudado en estos momentos.

—¿Quién, exactamente?

—El que envenenó a tío Eric —suspiró ella, poniéndose seria—. Lo hizo todo en vano. No obtuvo nada con su crimen. ¿No resulta divertido, dentro de lo trágico?

—Para mí, no mucho. Cierto que soy en teoría el heredero de esa fortuna, siempre que los jueces no acepten la impugnación. Pero ese «alguien» a quién usted ha citado, puede que se sienta lo bastante furioso y defraudado como para intentar asesinarme a mí también.

—¿Lo ha intentado ya? —me preguntó ella francamente, arqueando sus bien delineadas cejas.

—Dos veces.

—Cielos... —se llevó una mano a la boca. Pareció repentinamente alarmada—. ¿Habla en serio?

—El tema no es para tomarlo a broma, señorita Reyes. Ayer me dispararon varios tiros en mi propia casa, la antigua. Por la noche, un automóvil se lanzó sobre mí. Vea mi brazo izquierdo. Es el recuerdo del suceso. Y también ésta herida en la mejilla.

—Debí imaginarlo —apuró el café lentamente, mirándome por encima del borde de la taza—. Señor Gould, tiene que hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Lo que tío Eric esperaba de usted, sin duda alguna, cuando le nombró heredero.

—¿Y qué era ello, si puede saberse?

—Que descubra usted a su asesino.

—¿Yo?

—Es detective privado, ¿no?

—Pero nunca investigué un crimen. Me especialicé en problemas conyugales.

—Eso debía saberlo tío Eric. Para él, como para mí, un detective privado es siempre un Sam Spade, un Nero Wolfe, en Philo Vance o un Philip Marlowe.

—Han leído demasiadas novelas —me quejé lastimosamente moviendo la cabeza de un lado a otro—. Los detectives particulares no somos nunca así en la vida real.

—Pues tío Eric se equivocó. Y yo también.

—¿Usted cree que él me imaginaba a mi capaz de descubrir al autor de un crimen?

—Exactamente.

—¿De su propio asesinato?

—Sí.

—¿Su tío sospechaba que iban a matarle?

—No lo sospechaba. Estaba seguro.

—Vaya... —me froté el mentón, pensativo—. Eso quiere decir que sospechaba que alguien de su familia no le quería demasiado bien.

—Nadie le quería bien en su familia. Solamente yo.

—¿Era casado?

—Separado de su mujer legalmente. Por una razón obvia. Ella es una enferma mental. Le concedieron la separación basándose en eso. Pero nunca se separó de ella.

—Temo no entender —manifesté, cada vez más aturdido.

—Está separado conforme a la ley. Pero la tiene allí viviendo, la tuvo junto a él todo el tiempo.

—¿En Los Acres Dorados?

—Veo que conoce el nombre de su residencia. Sí, allí mismo.

—Extraña situación. Separados... y juntos.

—Oh, allí todo es muy extraño —sonrió enigmáticamente mi visitante—. Tía Sally Ann no vive sola en Los Acres Dorados. El resto de la familia reside con ella. Era una de las condiciones de tío Eric para que disfrutasen todos de su generosa pensión.

—¿Les pasaba una pensión vitalicia a todos?

—Algo así. Hay un fondo creado para ello. A cambio de ese mantenimiento de sus familiares, ellos deben obedecer cuanto él dispuso. El fondo subsiste, administrado por el banco local.

—¿Y ellos siguen allí, haciendo la misma vida?

—Obligatoriamente. La muerte de tío Eric no les libera de las condiciones impuestas, que deberán continuar tras su desaparición, a menos que renuncien a esa pensión y alojamiento.

—¿No tuvo hijos?

—Uno solo —el rostro de Velda Reyes se ensombreció—. Murió siendo muy niño. Un desgraciado accidente, el mismo donde tía Sally Ann enloqueció, siendo internada. Ahora está algo mejor, pero ya nunca será normal por completo.

—¿Y los demás ocupantes de Los Acres Dorados?

—Primos y sobrinos todos ellos. Parásitos perfectos. Tío Eric lo sabía, y les tiene tal y como quería: medrando vilmente a su costa, pegados inexorablemente a un lugar que odian, pero del que no se atreven a salir para enfrentarse al mundo y luchar con sus propios medios.

—Empiezo a entender lo que dijo. Es un extraño lugar ése. Y una extraña familia.

—¿Extraña? —rió entre dientes Velda Reyes—. Peor que eso, señor Gould. Es una familia siniestra, como siniestro es cuanto se respira allí. En vida de tío Eric me pareció siempre sencillamente grotesco, divertido y absurdo. Ahora, me parece monstruoso, cargado de horror...

—No la entiendo. ¿Tan terrible es la atmósfera de ese lugar?

—Tendría que verla por sí mismo para comprenderlo. ¿De verdad no va a visitar Los Acres Dorados para intentar averiguar quién mató a mi tío Eric?

—Moralmente, me siento obligado a ello —asentí con un movimiento de cabeza—. Sí, señorita Reyes. Aun antes de llamar a esta puerta, estaba decidido a ir a esa residencia, aunque no pensaba descubrir al asesino de Eric Munro, sino a la persona que me intentó matar dos veces en Londres.

—Tal vez se trate de la misma persona.

—Lo había imaginado así. Usted casi me lo confirma. Sí. Voy a ir a Los Acres Dorados, señorita Reyes.

—Magnífico —aprobó ella con risueña expresión—. Y yo le acompañaré, si no le importa, señor Gould.

CAPÍTULO IV

Era como haberse trasladado de repente a un mundo que yo sólo había visto en las películas de terror. A una época que no era la mía, igual que si un fantástico y sórdido túnel del tiempo me hubiese conducido a un lugar que no me pertenecía, que nada tenía que ver conmigo.

Todo a mi alrededor, de repente, cobraba aires de literatura gótica, densa atmósfera de angustiada tensión. Aquello no tenía nada que ver con Londres, con un mundo de Blue Jeans, *pubs* modernizados, televisión, coches y ruido.

Era otro mundo, en una palabra.

El mundo de los marjales y de los yermos, de páramos y pantanos en un paisaje atormentado e inquietante, salpicado de algunas viviendas separadas entre sí por considerable distancia, lejos de la más inmediata población, que era Helmsley. El Yorkshire es así, y así había que aceptarlo.

Un indicador, en la carretera angosta que conducía entre arbustos y páramos hasta Los Acres Dorados, nos señaló que estábamos a más de quince millas de Windermere y más de veinte de Northallenton. Y a unas pocas menos de Helmsley, pero no demasiadas.

—Esto es un infierno —comenté ceñudo.

Velda Reyes asintió, dirigiéndome una mirada de soslayo, mientras mi coche renqueaba por el sendero, pese a que había adquirido un «Land Rover» de segunda mano bastante práctico, antes de abandonar Londres.

—No es muy alegre ni divertido —convino—. Pero a tío Eric le gustaba. No sé si por sentirse lejos de los ruidos mundanos y del bullicio de nuestro tiempo... o por fastidiar a la familia.

Y rió entre dientes, como si admitiera más bien esa segunda explicación que la primera, en su fuero interno.

—Su tío Eric, Velda, debía de ser un tipo especial —comenté, hablándole a la joven con la familiaridad que habíamos adquirido en nuestro viaje desde Londres hasta el Yorkshire—. Y bastante sádico, por añadidura.

—Su sadismo se reducía a eso: humillar e irritar a sus parientes. Creo que estaba justificado. Sabía que ellos le aborrecían y sólo deseaban su dinero. Por eso les apretaba las clavijas. Cualquiera de ellos es muy dueño de marcharse cuando guste, y no volver nunca al Yorkshire ni a Los Acres Dorados. Pero su egoísmo y ambición es demasiado para renunciar a sus posibilidades de enriquecerse tras la muerte de Eric.

—De todos modos, deberá admitir conmigo que el propio Eric Munro se buscó en parte su propio final trágico. A veces no conviene tensar demasiado la cuerda. Por resistente que ésta sea, termina rompiéndose.

—Si quiere que le diga la verdad, Peter, estoy de acuerdo en eso. Pero tío Eric era un hombre especial, usted lo ha dicho. Tal vez su mayor burla contra los familiares ambiciosos y contra su propio asesino, fue precisamente la última: morir, dejándole todo su dinero a un desconocido.

—La broma no tiene gracia cuando uno pierde la vida en ella.

—Es lo que usted opina. Y lo que yo comparto —Velda se encogió de hombros—. Pero no lo que pensaba tío Eric, desde luego...

De pronto, reduje la marcha, dejando mi charla con Velda. El «Land Rover» se paró lentamente, patinando sus ruedas en el resbaladizo, helado barro del camino vecinal que conducía a Los Acres Dorados, según me contara ella al guiarme.

—¿Qué ocurre ahí? —indagué.

Velda miró en la dirección que yo le señalaba. Lanzó una exclamación.

—¡Es Davinia! —dijo, sin que ello sirviera para enterarme de nada.

La tal Davinia era simplemente una niña. Tal vez empezaba a despertar a la pubertad, porque inclinada como la vi sobre la bicicleta volcada entre las piedras, al borde del sendero, nos mostró bajo su burda falda unas piernas bien torneadas, esbeltas y largas, enfundadas en medias de seda de algodón oscuro, y a su término,

en las corvas, el inicio de unos blancos muslos muy bien formados. Pero lo cierto es que la muchacha que giró la cabeza hacia nosotros, contemplándonos con sus grandes e infantiles ojos azules perdidos entre mechones de un pelo color heno completamente natural, era una adolescente de no más de quince años.

—¡Señorita Reyes! —la oí exclamar, con el acento peculiar de los nativos del Yorkshire—. ¡Usted por aquí! ¡Qué alegría verla!

—Hola, Davinia —saludó a su vez Velda, abriendo la portezuela del coche «todo terreno» y bajando a tierra con las debidas precauciones para no patinar y romperse su bonita cabecita pelirroja—. ¿Te ocurre algo, querida?

—A mí, no, señorita —negó ella con dulce sonrisa, moviendo negativamente la cabeza—. Pero sí a mi bicicleta...

Velda se aproximó al caído vehículo, lo examinó y meneó negativamente la cabeza.

—Parece que te diste un buen golpe en esas piedras —comentó—. La rueda delantera está arrugada como un acordeón.

—Resbaló en el barro —confesó la muchachita tristemente—. Y todavía distan dos millas de casa... Será un largo paseo, señorita Reyes.

—No digas eso —cortó ella, poniendo afectuosa una mano en el hombro de la jovencita—. Vamos, sube con nosotros. Te llevaremos allí. Este amigo mío también va a Los Acres Dorados.

Y dirigiéndose a mí, que había detenido el motor, iniciando mi salto al suelo, explicó en voz alta:

—Peter, ¿puede ayudarnos? Esta jovencita es Davinia Benson, la hija de los Benson, sirvientes de Los Acres Dorados. Una muchacha encantadora, que el año pasado era aún una niña jugando con muñecas, y como verá, empieza a convertirse en una mujer muy atractiva.

—Me alegra conocerte, Davinia, aunque no en estas circunstancias —agité una mano cordial hacia la adolescente, que me sonrió con dulce ingenuidad—. Vamos a arreglar esto enseguida, no temas.

—Son ustedes muy amables —respondió ella con alivio y un tono claro de gratitud en su voz—. No sé qué hubiera hecho sin su ayuda... Vengo desde Helmsley, de encargar las compras de la semana, y me encuentro cansada del viaje, porque salí de Los Acres

Dorados cuando aún era de noche...

—¿No pudiste hacer el encargo por teléfono, Davinia? —se extrañó Velda.

—No, señorita. El teléfono se estropeó anoche, y estamos incomunicados de momento. Además, llovió bastante esta semana, y los alrededores son una laguna intransitable y peligrosa. No sé cuándo irán a arreglar las líneas telefónicas, la verdad.

Velda y yo cambiamos una mirada de inquietud. La idea de encontrarnos en Los Acres Dorados sin el contacto con el exterior que suponía el teléfono, aún ponía más siniestras las cosas desde su propio inicio. Si el asesino de Londres que me atacó dos veces había regresado a Los Acres Dorados y esperaba allí su siguiente golpe, tendría más aún a su favor disponiendo de las circunstancias actuales. Y eso no me gustaba.

Pero no hice comentario alguno. Subí la estropeada bicicleta al «Land Rover», y Davinia se acomodó atrás, junto a su vehículo, iniciando el viaje hacia Los Acres Dorados, sin más novedades.

—¿Están todos en la residencia, Davinia? —se interesó de pronto Velda, haciendo la pregunta como al azar.

—Ahora, sí, señorita —asintió la adolescente, con aire distraído, contemplando el desolador y triste paisaje de las tierras de York, a medida que rodábamos por el camino a buena marcha.

—¿Qué quiere decir eso de «ahora, sí»? —insistió mi compañera.

—Bueno, me refiero a que en estos días, hubo algunos de los parientes de su tío ausentes de la casa, por distintos motivos...

De nuevo nos miramos Velda y yo. Sus preguntas surtían efecto. Cualquiera de los ausentes pudo ser el agresor de Londres.

—¿Quiénes exactamente, querida? —indagó dulcemente Velda Reyes.

Davinia contestó con ingenuidad, espontáneamente. Parecía ser una muchacha sin la menor malicia:

—Verá... Recuerdo que la señora Stern fue a comprar algunas cosas a Londres. El señor Haycraft fue a visitar a unos amigos en Manchester, y el señor Garret se entrevistó en Leeds con una firma de abogados que lleva sus asuntos personales. Ah, y también el señor Edgar Munro hizo un rápido viaje no sé adonde, para adquirir unos sellos para su colección.

—¿Todos estuvieron ayer ausentes de Los Acres Dorados?

¿Precisamente «ayer», Davinia? —la pregunta de Velda me probó que era una excelente auxiliar para efectuar ciertas pesquisas.

—Bueno, ayer regresaron, pero a distintas horas casi todos —asintió Davinia, que no parecía intrigada en absoluto por tanta pregunta—. Ahora están todos reunidos. Y bastante enfadados, por lo que he podido ver.

—Seguro que a causa de la herencia —rió Velda.

—Y tan seguro —afirmó con énfasis Davinia, asomando en sus labios carnosos una sonrisa también divertida—. Les he oído decir tantas cosas sobre eso... Maldicen constantemente a un tal señor Gould...

Volví la cabeza y miré a la adolescente.

—Yo soy ese señor Gould, Davinia —dije—. Peter Gould exactamente.

—Oh... —se mostró entre sorprendida y confusa—. Tal vez no debí decir...

—Sí, sí —sonreí—. Claro que debiste decirlo. Imaginaba, más o menos, cómo andaban las cosas en Los Acres Dorados respecto a mí. Como me hago una idea bastante exacta de cuál será el recibimiento que me dispensen.

—Ellos no imaginan que usted... vaya a visitar la casa, eso seguro —apuntó la chica, con expresión perpleja, sin quitar de mí sus grandes ojos azules.

—De eso estoy seguro —reí, acelerando la marcha del vehículo, para acelerar cuanto antes la singular situación en que me enfrentase de modo directo y personal a los burlados y furiosos parientes de Eric Munro, el hombre de los páramos del Yorkshire. Estaba pensando que iba a valer la pena ese momento.

Era delirante.

Tal vez intencionadamente. Velda Reyes no me había querido decir nada anticipadamente, reservándose la sorpresa para su momento adecuado.

Y de verdad que fue toda una sorpresa.

Y qué sorpresa.

Inicialmente, la casa no era muy diferente a lo que yo había imaginado. Grande, de muros de piedra oscura, paredes cubiertas casi totalmente de hiedra en algunos puntos, ventanas con vidrios emplomados y torreones dignos de una obra de las hermanas

Brönte, todo ello rodeado de un jardín y una extensión arbolada, de árboles de dorada hojarasca que, tal vez, justificaban remotamente el nombre del lugar: los Acres Dorados.

Nombre que figuraba en un indicador a la entrada del serpenteante camino particular que discurría entre la densa arboleda, antes de llegar a la puerta de hierro forjado, sobre cuyo arco aparecía de nuevo el mismo nombre, en letras también de hierro.

Todo eso, en su conjunto sombrío, incluso lúgubre y nada acogedor para el viajero que llegaba del bullicio de Londres, lo había esperado y previsto. En el Yorkshire, en unas tierras adustas y torvas, en medio de una geografía hecha de páramos y de pantanos en su gran mayoría, uno no puede esperar encontrarse con una alegre residencia moderna de muros claros, grandes ventanales y aire aséptico y funcional.

Pero lo de dentro era otra cosa.

Harvey y Karin Benson, padres de la jovencita Davinia, y encargados del cuidado de la finca y de sus huéspedes —tarea que me resultaba hartó complicada para sólo dos personas, aunque su hija les ayudase en lo posible—, nos recibieron cordialmente en la entrada. Conocían bien a Velda Reyes y parecían tenerle aprecio, a juzgar por el modo de tratarla. Harvey era un hombre macizo, musculoso y moreno, de rudo aspecto y pelo ensortijado, y Karin, su esposa, recordaba vagamente a la pequeña Davinia en su color dorado de cabello, sus ojos claros y grandes, profundamente tristes a mi juicio, y su sonrisa amistosa y agradable en un rostro pequeño y cansado, como su propia figura.

Nos llevaron al interior, tras darme la bienvenida, y allí comenzaron para mí las grandes sorpresas de Los Acres Dorados.

La planta baja era como cualquiera de un caserón de aquellas proporciones y estilo, con remembranzas victorianas, pesados muebles y cortinajes, decoración sobria, viejos cuadros posiblemente familiares, con personas tan sombrías como el recinto donde nos hallábamos, y algunas armas y armaduras, dispersas respectivamente por panoplias y rincones de la mansión. Todo acorde con la impresión inicial que uno recibía al enfrentarse a aquel lugar.

Lo sorprendente, lo verdaderamente increíble, comenzaba en la

planta alta, destinada a alojamiento de los parientes de Eric Munro.

Allí supe cuál era una de las tiránicas, peregrinas y excéntricas condiciones que el difunto Munro había impuesto a sus parientes para alojarse allí, disfrutar de su casa, de sus comodidades, alimentos y pensión en metálico, mientras viviese y aun después de su muerte, esperando en vano una herencia que él nunca había pensado legarles.

—¿Qué significa esto? —recuerdo que le pregunté a Velda, con una voz que me sonó rara, de tan cargada de asombro y perplejidad como estaba en esos momentos.

Y ella me había contestado con sencillez:

—Esto significa que tío Eric, en realidad, ha sido siempre muy cruel con su familia. Pero ésta en realidad, nunca mereció otro trato... La prueba es que son tan serviles, tan humillados están y tan vilmente aceptan todas esas humillaciones con tal de medrar, que aquí permanecen, soportándolo todo.

Asentí. Sí, ella tenía razón. Evidentemente, Eric Munro había sido en vida un hombre tan duro como caprichoso y despreciativo para sus parientes. Ellos, por su parte, no parecían haber hecho nada por merecer otra cosa, a juzgar por servilismo con que aceptaban el siniestro y absurdo juego impuesto por el desaparecido millonario.

Ese juego había consistido, ni más ni menos, que en convertir Los Acres Dorados en una especie de Cámara de los Horrores de un museo de cera. Y a sus ocupantes, en personajes vivos de ese fantástico y terrorífico museo...

Y si no, ¿qué otra cosa se puede pensar de un auténtico mosaico de estancias terribles, de habitaciones o *suites* convertidas, por obra y gracia de la fantasía enfermiza de un hombre tiránico, en una sucesión de motivos de terror convertidos en realidad tangible?

Una a una, visité las habitaciones de los parientes de Eric Munro, mis actuales adversarios legales ante el testamento sorprendente del fallecido millonario. Uno a uno, les fui presentado por Velda y así fui conociendo a los siete familiares que se alojaban bajo un mismo techo, en lo que sin duda debía ser un auténtico infierno de rencores, envidias, celos y odios familiares, capaces de provocar un día un estallido sangriento y horrible.

Para asombro mío, las habitaciones de Sally Ann Davies, de casada Sally Ann Munro, eran la perfecta reproducción de la estancia de la condesa de Bathory, la famosa mujer vampiro del pasado, la aristocrática que se bañaba en sangre humana y bebía la que derramaban sus doncellas heridas de muerte. Lesbiana y convencida de esa sangre prolongaría eternamente su juventud y belleza, la siniestra condesa fue descubierta, acusada de sus horribles crímenes, y ejecutada. Eso dice la historia, cuando menos.

Pues bien: Sally Ann, la tía de Velda, había dado a sus estancias la decoración y detalles de la cámara de la trágica mujer, dándole incluso los siniestros toques de una vieja bañera repleta de sangre, reproducida en cera, lo mismo que la mascarilla de la propia Bathory en un muro.

La idea era espeluznante, y en ese mismo momento es cuando pregunté en voz baja a la divertida Velda:

—Cielos, ¿qué significa esto? ¿Es que su desequilibrio mental le ha dado por... por creerse la reencarnación de la condesa Bathory?

—No, no —negó Velda risueña—. Es algo mucho más complicado que eso, Peter. Ésta es la exigencia que debe cumplir para disfrutar de la pensión de su difunto marido... Si le quita a su *suite* el aire terrorífico que le dan esos motivos, pierde automáticamente sus derechos a vivir bajo este techo y recibir la pensión mensual asignada por tío Eric.

—¿Quiere decir que «todos» los demás... están también obligados a algo parecido? —me expresé con asombro.

—Exactamente —asintió ella—. Cada uno fue libre de elegir al personaje de terror que más le agradase, y convertirle en tema de su habitación. De ese modo, igual que ha visto la habitación de tía Sally Ann, con sus motivos vampíricos, pronto va a conocer los gustos de los demás en ese terreno. Así, Clark Garret, primo de tío Eric, eligió al hombre-lobo; una especie de posada típica de Centroeuropa. Colín Russell otro primo, se inclinó por una decoración tropical, con su: Zombis o «muertos que andan», con sabor típico de Haití. Edgar Munro, sobrino de Eric e hijo de su difunto hermano Ben se inclinó por una habitación victoriana y la figura de Jack el Destripador. Lamont y Susan Stern, única pareja de esta casa, se pusieron de acuerdo para que sus habitaciones matrimoniales fuesen el reinado de Landrú, el asesino francés de fin

de siglo, con una de sus víctimas. Y, finalmente, Nelson Haycraft, hermanastro de tío Eric, sin apellidos ni sangre de la familia, optó por una mazmorra lóbrega, repleta de instrumentos de laboratorio, y la mole siniestra del monstruo de Frankenstein.

—¿Todo eso se alberga bajo este techo, con motivos de decoración, figuras de cera y todo eso? —me estremecí, penando que estaba metido en una jaula de locos, pero de locos peligrosos.

—Todo eso, y mucho más —rió Velda, guiándome por un largo y lóbrego pasillo de la planta alta del edificio, para que visitase a cada uno de los habitantes de Los Arcos Dorados, con su peculiar motivo decorativo, exigido por la crueldad excéntrica y hartado del desaparecido Eric Munro—. Va a conocer a personas a quienes, en el fondo, les irrita y enfurece tener que cumplir ese capricho grotesco de tío Eric, pero que no tienen valor ni dignidad para rebelarse y enviar todo esto al diablo. Su seguridad personal, su bienestar, su pensión y sus ambiciones de obtener un pellizco de esa herencia que fue a parar a usted, Peter, les hace aferrarse a esta casa como si fuese su tabla de salvación.

—Pero en el fondo, esto debe traumatizarles y hacer de ellos un peligroso grupo de gentes humilladas y resentidas.

—Por supuesto. Tío Eric gustaba de ese juego.

—Y murió en él —sentencié secamente.

Velda me miró pensativa. Luego, movió afirmativamente su pelirroja cabeza.

—Quizá —admitió—. Pero él sabía que ése era uno de los riesgos de su juego, sin duda alguna. Y no le importó afrontarlo.

—Supongo que su tío Eric no eligió para sí mismo ningún motivo de terror especial que hiciera juego con los de su parientes...

—No. Mientras viviese, era su privilegio. Él no tenía que seguir el ejemplo exigido a sus parientes. Pero al morir, fue distinto.

—Temo no entenderla —dije, enarcando las cejas.

—Es muy fácil, Peter —suspiró ella—. A su muerte, su cuerpo pasaría a ocupar un lugar en la cripta familiar, situada dentro mismo de Los Arcos Dorados. Él la hizo decorar y adornar como... como la cripta del resucitado de Edgar Allan Poe... Igual que si él fuese también un cataléptico que pudiese volver después a la vida...

Me estremecí, aun a mi pesar.

Todo aquello empezaba a resultarme mucho más horrible y siniestro de lo que quería admitir.

Tal vez yo también debía haber intentado tener la suficiente sensatez para irme de allí en aquel momento, como alma perseguida por el diablo.

Pero lo cierto es que me quedé.

Me quedé en Los Acres Dorados, y creo que ello fue lo que desencadenó finalmente la verdadera tragedia de la familia Munro...

CAPÍTULO V

La comida resultó casi normal.

La larga mesa en el gran comedor de innumerables ventanales asomados al jardín, los cubiertos de pesada plata, la costosa vajilla de porcelana, los buenos vinos y la excelente comida, muy bien guisada por cierto por la señora Benson, eran dignos de una auténtica residencia aristocrática.

Pero la atmósfera de Los Acres Dorados resultaba casi irrespirable cuando los siete parientes de Eric Munro se reunían a la vez. Me di cuenta apenas comenzamos a probar la sopa, y cuando llegamos a los postres, la carga eléctrica en el comedor era casi de alta tensión, aunque no sonara una voz más alta que otra y todos guardasen una tirante compostura.

Davinia servía los platos y retiraba los servicios ya utilizados, caminando alrededor de la larga mesa con el paso silencioso y grácil de una gacela. En dos ocasiones cruzamos nuestras miradas, y la chiquilla me sonrió dulcemente. Cosa que no le vi hacer a ningún otro de los comensales, con la excepción de Velda.

—De modo que ya conoce Los Acres Dorados —me dijo Nelson Haycraft durante el entrante de verduras.

—Sí —asentí—. Ya lo conozco.

—¿Qué conclusión ha sacado de esto? —se interesó el hermanastro de Eric Munro, mirándome fijamente con sus ojos oscuros, clavados como alfileres negros, a ambos lados de su corva nariz de ave de presa.

—Aún no lo sé —suspiré, sin mentir del todo—. Es un lugar extraño e inquietante, aunque hermoso sin duda.

—¿Hermoso? —rió sardónicamente el rubio y delgado Edgar Munro, sobrino directo del fallecido—. Yo diría que es repugnante e insoportable.

—¡Edgar! —le reprendió vivamente Lamont Stern, que se

sentaba junto a la mujer de pelo castaño y cuerpo rollizo que era su esposa Susan—. ¿Ya estás diciendo tonterías? Al señor Gould no le interesa lo más mínimo lo que tú pienses de esta casa.

Velda me había dicho que Lamont Stern era sobrino de Eric e hijo de una hermana que murió muchos años atrás, antes que su hermano Ben. Era un hombre gris, ancho y corpulento, de pelo cortado a cepillo y ojos grises de color desvaído. Ella, morena y rechoncha, parecía apoyarse en la mesa para no caer, gracias al volumen desmesurado de sus ingentes pechos, virtualmente apoyados en los platos de la comida.

—Por el contrario, señor Stern —dije suavemente, con mi mejor sonrisa—. Me gusta saber lo que la gente piensa del lugar donde vive. En cierto modo, estoy de acuerdo con el señor Munro. Si yo tuviera que alojarme aquí largo tiempo, terminaría trastornado, estoy seguro de ello.

—Pero usted no tiene la obligación de permanecer aquí, como nosotros —apuntó ásperamente Clark Garret, un hombre de unos cuarenta años, flaco, moreno, de pelo negro y rostro cadavérico y demasiado rugoso para su edad.

—No —corroboró vivamente Colin Russell, sentado junto a él, y antítesis total de Garret, con su gruesa figura, su rostro ancho, redondo y rubicundo, su cabeza falta de cabellos, casi calva, y sus ojos pequeños, risueños y burlones—. El señor Gould tiene suficiente con visitarnos, reírse de todos nosotros y de nuestra cobardía, y disfrutar impunemente de la herencia de tío Eric, ¿no es cierto?

Hubo un momento de silenciosa tensión en la mesa. Más de uno me contempló con ojos sombríos y agresivos, como esperando que yo me defendiera de esa andanada de Colin Russell. Pero no les di ese placer. Me limité a encogerme de hombros, pinchando una redonda patata que llevé a mi boca.

Sally Ann Davies, la que fuera esposa de Eric Munro hasta la separación impuesta por la voluntad de él, al perder ella el juicio en un lejano accidente, intervino en ese momento, desde la cabecera de la mesa, con tono desabrido:

—Oh, por favor, dejad de soltar impertinencias todos —se quejó—. El señor Gould no tiene la menor culpa de que Eric, siguiendo su natural excéntrico, le dejase heredero de su fortuna, burlándose de

todos vosotros. Eso era muy suyo, después de todo, y a nadie nos debe sorprender demasiado.

—Tía Sally, el señor Gould merece todos mis respetos —se quejó Lamont Stern—. Pero es un advenedizo que no puede ser considerado amistosamente por nosotros.

—Él ha tenido, cuando menos, el valor de venir a conocernos, a pesar de que sabe que aquí no puede encontrar simpatía ni amistad —dijo Sally Ann Davies, clavando en mí su mirada distante y enigmática, de mujer que aunque razonase sensata y fríamente, había pasado largos años sumida en su dolencia mental y encerrada en un psiquiátrico, antes de aceptar de buen grado el juego cruel de su exmarido. Nosotros nunca tendremos siquiera el valor necesario para burlarnos de las disposiciones y exigencias de Eric.

—Perdonen si mi presencia les violenta e irrita —tercié, agradeciendo con una sonrisa la intervención de la dama de la casa—. Pero no he venido ni a alardear de mi posición de heredero, ni a enfrentarme con ustedes, ni a reírme de nadie. Si estoy aquí, es porque Eric Munro, sin duda, es lo que pensó que sucedería al legarme su fortuna. Soy detective privado. Y a un detective privado contrató él, del modo más extraño y complicado del mundo. Todos sabemos que ha muerto envenenado, y que alguien le suministró aquí ese veneno. Por eso he venido. Quiero encontrar al asesino. Porque es lo que Eric Munro deseaba, aun antes de morir.

—¿Está sugiriendo, señor Gould, que mi hermanastro «sabía» de antemano que iban a matarle? —dudó con voz áspera Nelson Haycraft.

—Eso es, exactamente, lo que afirmo —dije tranquilo, mirando al hombre de nariz de halcón y ojos de azabache—. Pero aún hay más, señores.

—¿De qué se trata? —quiso saber el rubio Edgar Munro, retirando su plato vacío con un gesto displicente, antes de que la silenciosa y eficaz Davinia lo tomara para sustituirlo por otro donde servir la carne asada.

—De un doble intento de asesinato en Londres —suspiré—. Yo fui la fallida víctima en esta ocasión. Obviamente, el motivo era la herencia de Eric Munro. Y el culpable, sin la menor duda, el mismo que mató a Eric Munro.

—¿Realmente, intentaron matarle, señor Gould? —noté el

estremecimiento de Sally Ann Davies al preguntarme.

—Sí, señora —afirmé con lentitud—. Lo intentaron. Y de algo estoy seguro: la persona que lo intentó, se sienta ahora a esta mesa...

El silencio que siguió, fue como una losa repentinamente desprendida sobre todos nosotros. Les miré uno a uno alternativamente. Todos desviaron su mirada con rapidez, como si temieran revelar demasiado en sus ojos. Todos, menos una persona: Sally Ann Davies, que se limitó a suspirar, inclinando la cabeza.

—Sí —dijo—. Estoy de acuerdo con usted, señor Gould. Siempre supe que a mi mesa se sentaba un asesino...

La cripta era digna de un relato de Poe, ciertamente.

La inscripción en una lápida blanca, hablaba de la paz eterna de quien allí reposaba, Eric Munro. Una puerta de hierro forjado conducía a otra de vidrio emplomado, de vivos colores, que era el paso a la cámara funeraria. Asomé a ésta un momento, descubriendo el sarcófago de piedra donde se encerraba el ataúd de Munro.

—No parece fácil salir de ahí, por mucho que se resucite —comenté, saliendo de nuevo al amplio jardín donde se hallaba la cripta, a espaldas del caserón.

Velda Reyes me miró pensativa, caminando a mi lado sobre la hojarasca seca y de color ocre.

—Todo es simbólico, como los monstruos de la vivienda, en cera policromada —manifestó—. Sólo que tío Eric dejó escrito en su legado familiar, anexo al testamento por el cual usted entraba en posesión de su herencia, que su tumba sería la de un cataléptico, y esperarí en ella el momento de resucitar...

—Bromeaba, imagino. A pesar de que la muerte no sea precisamente un tema para burlas y chanzas...

—Tío Eric se burlaba de todo. Incluso de sí mismo y de su muerte. Creo que quiso dejarles a todos la inquietud, la zozobra de hacerles imaginar que su broma podía ser cierta. Como rizar el rizo de lo macabro en esta casa.

—Extraño personaje su tío Eric —comenté, ceñudo, caminando a largas zancadas por el triste y desierto jardín—. Estaba pensando que... Eh, ¿qué es «eso»?

Velda se alarmó. Yo me había parado en seco, aferrando su

brazo y clavando los ojos en la frondosa hojarasca de unos matorrales, allá entre la arboleda.

—No he visto nada —la oí susurrar.

—Yo tampoco. Pero he oído, he captado algo —musité—. No se mueva.

Hundí la mano en mi chaqueta, extrayendo la pistola, Me moví cautelosamente en aquella dirección, dispuesto a apretar el gatillo a la menor señal de alarma. No podía fiarme de nada en aquel lugar. Si en Londres intentaron asesinar me, con mucho más motivo podían repetir aquí su empeño. El asesino estaba en su propio terreno, y tenía todo a su favor. Además, yo le había desafiado durante el almuerzo.

Velda, pese a mis consejos, me seguía, aunque prudentemente, con la mirada muy fija en los matorrales. No ocurrió nada. Y llegué al lugar sin problemas, pudiendo abrir las ramas sin que apareciese señal alguna de peligro, ni tan siquiera presencia humana alguna.

—Creo que se está dejando llevar por los nervios que produce esta mansión —oí decir a Velda a mis espaldas—. No hay nada ni nadie...

—Yo no me asusto fácilmente —repliqué con acritud—. Sé que oí algo, aunque tal vez fuese solamente un conejo... Pero presentí que era algo más.

—Su presentimiento pudo resultar un error —sonrió Velda, con alivio.

Había logrado abrir del todo la hojarasca. Clavé mis ojos en un punto. Y negué con la cabeza, lentamente.

—No —dije—. No fue un error. Pero sí se trataba de un conejo.

—¿Lo ve? —rió suavemente la joven, en tono de burla.

—Sólo que el conejo no podía hacer ruido alguno, a menos que alguien lo manejase, Velda —rectifiqué fríamente—. Mire eso, por favor, si cree que tiene un estómago fuerte.

Velda me contempló con ojos sorprendidos. Una sombra de inquietud pasó por su bonito rostro. Luego, se decidió a mirar, adentrándose en el matorral junto a mí.

Lanzó un ronco grito de horror cuando descubrió al conejo decapitado y ensangrentado, colgando siniestramente de una cuerda, atado a una rama del árbol, frente a nosotros...

—Es sólo un conejo, señor Gould. Eso no es un asesinato.

Miré fríamente a Nelson Haycraft. El hermanastro de Munro contemplaba despectivamente el cuerpo peludo, sin cabeza, que yo había arrojado sobre la mesa del *living*. Algo más allá, repentinamente pálido, Clark Garret, el primo de Munro, parecía tener el rostro más cadavérico que nunca, mientras fumaba nerviosamente en una pipa.

—Sé que es un conejo. Pero la persona capaz de llevar su crueldad al extremo de decapitar a un pobre animal en vida, para colgar luego su cuerpo de un árbol, creo que sería capaz de hacerlo también con un ser humano. En cierto modo, creo que es una advertencia.

—Una advertencia, ¿de qué y a quién?

—Está claro que a mí, señor Haycraft. El asesino recogió el guante este mediodía en la mesa. Y me da su respuesta.

—Creo que dramatiza. Por estas tierras siempre hay cazadores furtivos. Tal vez uno de ellos nos gastó una broma pesada. Y eso sea todo.

—Los cazadores furtivos tienen demasiado con evitar ser vistos, para entretenerse en gastar bromas a los propietarios de una finca —advertí secamente—. No creo esa posibilidad en absoluto, señor Haycraft. ¿Sabe de alguien que haya salido al jardín o al bosque en esta última hora?

—Ni idea, amigo mío —se encogió de hombros—. Llevo aquí toda la tarde, leyendo un libro.

—¿Y usted? —me interesé, volviéndome a Garret—. ¿También estuvo aquí?

—No, no —rechazó el otro, tragando saliva—. Llegué hace cosa de diez minutos. He estado arriba, descansando un poco en mi habitación.

—¿De veras puede descansar bien, con el hombre-lobo mirándole desde un rincón? —indagué sarcástico.

—Todos nos hemos acostumbrado a eso —se encogió de hombros Garret, golpeando su pipa en el borde de un cenicero, para vaciarla de cenizas—. Son sólo figuras de cera, el capricho de primo Eric, y nada más.

—En eso tiene razón —admití—. Las figuras de cera no causan daño a nadie. Son los monstruos de carne y hueso los que me preocupan, señor Garret... Ah, por cierto, ¿es verdad que estuvo

usted en Ledds ayer, visitando a sus abogados?

El hombre cadavérico se irguió, sobresaltado. Me miró con preocupación.

—Sí —dijo débilmente—. Estuve dos días en Leeds. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada —moví la cabeza, volviéndome a Haycraft—. Y usted, tengo entendido que se ausentó por ese mismo tiempo. A Manchester, ¿verdad?

—Está muy bien informado —el hermanastro de Munro torció su gesto, me miró casi con malevolencia—. ¿Es que tiene alguna importancia ese detalle, señor Gould?

—Quizá ninguna —me encogí de hombros—. Sólo trato de saber quiénes pudieron, de entre ustedes, desplazarse a Londres y tener el tiempo suficiente para intentar matarme por dos veces, una con una pistola silenciada y la otra con un coche a toda velocidad.

—Su pregunta, en ese caso, resulta ofensiva —manifestó Haycraft duramente.

—¿Por qué motivo? —sonreí—. Usted es tan sospechoso como los demás.

—Usted no es quién para venir aquí a interrogarnos y escudriñarnos como si fuéramos insectos o sellos de correos, bajo una lupa, señor Gould. No me gustó nunca Sherlock Holmes, la verdad.

—Ni a mí —convine riendo—. En nuestro tiempo se hubiera muerto de disgusto, al comprobar que los laboratorios y los análisis, por no citar las computadoras y los exámenes espectrográficos dejarían muy mal parada su pobre lupa y sus métodos deductivos. Pero yo no les estudio como insectos. Sólo busco a un criminal entre ustedes. Y, por cierto, ya que mencionó los sellos, ¿es cierto que Edgar Munro es un aficionado a la filatelia?

—Un gran aficionado —asintió vivamente Garret—. Ayer trajo de Bristol una nueva serie de sellos húngaros muy cotizados... Está entusiasmado con ello. Le costaron un buen precio en una subasta.

—Bristol, ¿eh? Eso no está lejos de Londres... —comenté—. ¿Dispone de dinero el señor Munro para adquirir colecciones de sellos costosos?

—Tiene algunos ahorros —se encogió de hombros Haycraft—. Le gusta guardar lo que cobra de pensión mensual. No fuma, no

bebe, no tiene gasto alguno... Pero ¿por qué no se lo pregunta usted a él, señor Gould?

—Sí, es lo que pienso hacer —dije, encaminándome a la salida del *living*—. Gracias por todo, caballeros. Han sido muy amables... Ah, por favor, señor Haycraft, dígame a la señora Benson que no me sirva conejo, si tiene ese plato para cenar. Se me indigestaría.

Y sonreí, dirigiendo una torva mirada al cadáver del conejo, decapitado y rígido, que les dejaba encima de la mesa, como macabro recuerdo de mi charla con ellos.

En aquel momento, casi me sobresaltó una vocecilla juvenil, femenina, a mis espaldas:

—Una carta para usted, señor Gould.

Pegué un respingo. Me volví, lleno de sorpresa. Davinia la adolescente muchachita hija de los Benson, me sonreía limpiamente, con un sobre cerrado y franqueado encima de una bandejita de plata que sostenía respetuosa.

—¿Para «mí»? —dije con asombro—. ¿Quién puede saber que yo estoy «ahora» aquí?

—No lo sé, señor —suspiró la niña suavemente—. Acaba de traerla Holborn, el cartero. Viene con matasellos de York, según parece.

Asentí al mirar el sello. Davinia era una chiquilla muy observadora. Tomé el sobre, mecanografiado con mi nombre y la dirección de Los Acres Dorados. Lo escalofriante es que el matasello «era del día anterior», cuando yo aún ni siquiera había tomado la decisión de ir a Los Acres.

Dominando mi excitación, miré a Davinia. Aquella muchacha podía ser en cierto modo mi confidente dentro de la casa. Parecía lo bastante capaz para ello, sobre todo si se la estimulaba de algún modo.

—Te costará algún dinero reparar tu bicicleta —dije, y le tendí un billete de cinco libras—. Esto puede ayudarte pequeña.

—Gracias, señor, pero papá es muy habilidoso y puede arreglármela sin dinero —rechazó moviendo negativamente la cabeza—. No necesita darme nada.

—¿Y si a pesar de ello te lo doy? Puede servirte para comprar algo que te guste...

—No necesito nada, señor —rechazó la muchacha dulcemente

—. Gracias, de todos modos.

Perplejo, me quedé con el billete en la mano, sin saber qué hacer. Aquella criatura tenía la virtud de desconcertarme.

—Davinia... —susurré—. ¿Y si te ofrezco este dinero porque necesito tu ayuda en algo?

—Le ayudaré lo mismo, señor Gould. Pero no necesita darme dinero para ello.

Guardé el billete. Eso pareció romper la última barrera entre la muchacha y yo. Me incliné hacia ella.

—Hay alguien en esta casa que mató a Eric Munro —le dije en voz baja.

—Sí, lo sé —me dijo sin pestañear.

Contemplé aquellos profundos ojos azules, grandes y limpios como solo pueden tenerlos los adolescentes y los niños.

—Vaya, veo que piensas deprisa, Davinia —comenté.

—El señor Munro no murió demasiado triste —opinó ella—. Deseaba morir desde hacía muchos años.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo algunas veces.

—¿A ti? —parpadeé.

—Era a la única que contaba cosas así. Cuando me encontraba en el jardín o en el bosque, me hacía pararme y hablaba conmigo. De su hijo, de su amargura... de todo eso.

—¿Su hijo? —repetí.

—Sí. Donald Munro, —vi que los azules ojos, por vez primera, se ensombrecían, y hasta empezaba a humedecerse, una nube triste caía ante ellos—. Eramos muy amigos. Compañeros de juego. Decíamos que nos casaríamos cuando fuéramos mayores, aunque yo sabía que un señor rico no se casa nunca con una criada...

—¿Por qué no? —suspiré—. Éstos son otros tiempos, Davinia, aunque en Los Acres no parezcan pasar las generaciones. ¿Erais tan buenos amigos los dos?

—Mucho. Donald era tan bueno, tan cariñoso, tan alegre... Cuando murió en el accidente, el señor Munro sufrió una crisis terrible. De eso hace ya cuatro años. Él tenía once años y yo nueve...

—Vaya... Estás muy desarrollada para trece años, Davinia.

—Sí, todos lo dicen —sonrió sin alegría—. El señor Munro ya no

fue nunca el mismo. Culpó a su mujer del accidente, aunque la pobre señora sufrió una lesión cerebral que la trastornó. Por eso se separó de ella. Por eso se vengó de todos los parientes que vivían, condenándoles a vivir aquí... con esas horribles habitaciones y esas figuras de cera que me asustan durante la noche, cuando hago sus camas por alguna razón o les llevo algo a sus dormitorios... Nunca quiso ya a nadie. Sólo siguió amando a su perdido Donald, Pobre Donald... Todos le recordamos. Todos le amábamos... —y dos lágrimas rodaron por las mejillas de la muchacha, lenta y calladamente.

—Davinia, querida muchacha... —hablé, dominando mi propia emoción. ¿Cómo sucedió lo de Sally Ann Munro y el pequeño Donald? ¿Acaso accidente de tráfico...?

—Sí. El coche se fue por un terraplén. Ardió, con Donald dentro. La señora se salvó gracias a que salió despedida, golpeándose de cabeza en un árbol... Siempre pareció todo tan... tan accidental, tan casual...

—¿Cómo dices? —me excité de repente—. ¿Por qué hablas de que todo «pareció» tan accidental? ¿No fue un accidente?

—Eso hemos pensado siempre todos. Pero el señor Munro, sólo tres días antes de morir... me dijo algo muy diferente.

—Criatura, por el amor de Dios, ¿qué fue eso que te dijo? —indagué, tenso.

Los azules ojos me contemplaban, cuajados de emoción y de dolor ahora. Pero su voz fue segura al informarme en tono bajo, confidencial:

—Tres días antes de su muerte, el señor Munro me detuvo en el jardín, no lejos de la cripta... Me informó que sabía algo. Algo terrible. Tenía las pruebas de que uno de su familia tuvo la culpa del accidente. Que alguien «mató» intencionadamente a Donald y quiso matar a la señora Munro en aquel supuesto accidente...

—Cielos... ¿Te dio el nombre de esa persona?

—No —negó lentamente la chiquilla—. No, señor Gould. No me dijo más. Se quedó muy triste, mirando al vacío, y yo me marché despacio, al ver que nada me hablaba ya... Ni nunca volvimos a hablar los dos. Murió tres fechas más tarde, envenenado. Y yo...

Pero Davinia no terminó su confidencia. Porque al oír un ruido cercano, echó a correr, con la bandeja de plata, desapareciendo de

mi vista. Giré la cabeza. Dos personas venían charlando amistosamente por el corredor. Eran Edgar Munro y Susan Stern, la esposa de Lamont. Me miraron, parándose curiosos. Ella miró a lo largo del corredor.

—¿No hablaba alguien aquí? —indagó, intrigada.

—No, señora —sonreí—. A veces acostumbro a reflexionar en voz alta, es todo.

La señora Stern frunció el ceño, no demasiado convencida. El rubio Munro me contempló con ojos fríos y recelosos que nada revelaban de sus pensamientos. Pero se fijó en la carta que sostenía en mis dedos.

—Vaya, ¿es que ha tenido usted correo? —manifestó—. Vi llegar a Holborn...

—Una carta —asentí—. Extraño, porque nadie sabía que iba a venir aquí... Con su permiso, señores.

La abrí, rasgando el sobre. Contenía una simple cuartilla a máquina y firmada. La repasé en silencio. Debieron notar la tensión de mi rostro.

—¿Malas noticias? —se interesó Edgar Munro.

—Extrañas, diría yo —suspiré, mostrándoles la misiva en mi mano—. Está depositada ayer en el correo, en la ciudad de York. Y la firma Eric Munro, su tío. Un hombre muerto hace más de diez días... No tiene sentido, ¿verdad?

CAPÍTULO VI

—Tiene más sentido del que parece, señor Gould...

—Sí, vistas así las cosas... —asentí, irónico, mirando al rubio Edgar tras leer él atentamente, con expresión amedrentada, la misiva que acababa de recibir—. Yo no creo en los mensajes de ultratumba, señor Munro. Y veo que usted tampoco.

—Esta carta está fechada «antes» de morir mi tío —se estremeció Edgar Munro—. Vea la fecha en la cabecera. Es un día antes de su muerte...

—Y ahora, alguien la depositó en el correo, en York. Exactamente ayer. Curioso, ¿no?

—Mucho. Ese día, veinticuatro horas antes de morir, mi tío no podía saber que usted estaría hoy en esta casa...

—Pues lo sabía —suspiré, golpeando el papel significativamente—. Ésta es la prueba evidente. La persona que eché la carta al correo, sabía lo que había, sin duda porque él as se lo dejó dicho. ¿Es legítima la firma, lo es su letra?

—Sin lugar a dudas. Cómo ve, la letra de tío Eric era muy difícil de imitar. Demasiado complicada y llena de arabescos. Todos le dirán igual. Es de él.

—Sí, es su letra —corroboró, muy pálida, la señora Stern—. Pero no comprendo...

—Hay muchas cosas en este asunto que no se comprenden, señora, no se sorprenda por ello —me apresuré a replicar—. Obviamente, Eric Munro tenía espíritu de jugador de ajedrez...

—¿Jugador de ajedrez? —Munro se sobresaltó, mirándome como si yo fuese un brujo o algo parecido—. ¿Quién le habló de eso?

—Nadie aún —sonreí—. Lo era, ¿verdad?

—Sí. Y muy bueno. ¿Por qué lo adivinó, en tal caso?

—Es evidente, amigo mío —suspiré—. Preveía cada movimiento

ajeno, «antes» de ser efectuado. Eso sólo es posible en un hombre que conozca la técnica del tablero. Hace un movimiento, calculando los que seguirán, y sabiendo de antemano qué piezas moverá su antagonista y hacia dónde.

—¿Quiere decir que para mi tío Eric, la vida misma era como un juego de ajedrez? —se escandalizó Susan Stern.

—Señora Stern, creo que para él, la vida era un juego y el mundo su tablero de cuadros blancos y negros. Planteó su partida de modo maestro. Me nombró su heredero universal para provocar mi curiosidad, pensando que un detective privado, lógicamente, además de disfrutar de su dinero, sentiría profundo interés por descubrir las causas de tal herencia y, por tanto, quizá también el misterio de su propia muerte. Eso me hace imaginar que él sabía que iba a morir violentamente, y se anticipó también a esa jugada de su asesino.

—¡Es absurdo! —rechazó vivamente el rubio joven Munro—. Hubiese hecho otra cosa, en vez de dejarse matar. Como... como denunciar a su asesino, por ejemplo.

—Sí, era otra posibilidad con la que contaba —admití pensativo—. Pero lo cierto es que la solución a sus pensamientos está en esta carta, amigo mío. Vea lo que dice...

Y leí en voz alta, para asombro e inquietud de ambos:

«Querido señor Gould: mucho me equivocaría si, llegada esta fecha, no está usted ya en mi finca de Yorkshire, investigando mi extraño final. Porque para este momento en que usted lea estas líneas, yo estaré ya muerto, sepultado, y usted será dueño de mi fortuna... si mis amados parientes no impugnan mi testamento airadamente, cosa que preveo de antemano.

»Siga adelante, señor Gould. No sé si elegí al hombre adecuado, pero no conozco ningún detective privado y le elegí al azar en la guía telefónica de Londres. El futuro dirá si me equivoqué con usted o no.

»Si es lo bastante inteligente, creo que a estas alturas ya tendrá una ligera idea sobre la verdad que encierra mi desaparición. Si es así, no se deje deslumbrar aún por sus evidencias, e indague más a fondo. Es posible que encuentre otras cosas

infinitamente más siniestras que mi propio fin. Piense que todo mal tiene raíces lejanas, y que ningún movimiento humano en el gran tablero del mundo es gratuito ni casual. En esa casa de pobres locos humillados y estúpidos que es Los Acres Dorados, vaya con cuidado, señor Gould.

»Personalmente, creo que la muerte habita en esta casa, mezclada con todos esos fantoches de cera que he obligado a soportar a mis detestables parientes. Y que hay un asesino, cuando menos, mezclado entre las personas que usted trata ahí cotidianamente. Guárdese de todo ello. Ahora que posee mi fortuna, su vida vale tan poco como la mía cuando le escribo estas líneas.

»Adiós, señor Gould. Nunca llegaremos a conocernos usted y yo. Lo siento. Pero las cosas tienen que ser así. No puedo evitarlo.

»Su afectísimo: Eric Munro».

Les miré al concluir. Estaban lívidos los dos. Munro sudaba. Se enjugó su frente humedecida y balbuceó una excusa, alejándose. Me quedé a solas con la señora Stern, que miraba como hipnotizada al papel.

—Tío Eric era un monstruo —balbuceó—. No parecía humano...

—¿Por qué no, señora? —indagué suavemente.

—Ya lo ve usted mismo. Esa carta, esas palabras... ¿Cómo podía jugar así con las personas, con los sentimientos?

—No lo sé. Piense que yo no le conocí, y ustedes sí. Esperaba hallar en esta casa la clave de su auténtica personalidad.

—¿Y no es así? —me miró ella, dubitativa.

—Bueno, me hago una idea de su modo de ser, pero hay tantas cosas que se me escapan... —hice un gesto significativo—. Señora Stern, ¿quién cree usted que odiaba más a su tío Eric en esta casa?

—Yo, señor Gould —fue su franca y sincera respuesta.

La miré fijamente. Parecía una mujer tan dura como decidida.

—¿Usted? —insistí—. ¿Por qué está tan segura de eso?

—Porque mi odio tiene una doble vertiente, señor Gould. Le aborrecía por culpa de mi marido y por la mía. No sólo le humillaba a él, sino también a mí. Se complacía haciéndonos daño en cuanto le era posible, como a todos los demás. Pero Lamont es débil, contra

lo que pueda parecer, y sufre mucho más con esas cosas. Yo almacenaba así, tanto su propio odio, al sufrirlo en mí misma, como el mío propio por vernos ambos humillados.

—Había un camino más fácil, señora Stern —sugerí—. Renunciar a todo esto.

—No, no es tan fácil como supone, señor Gould. La fortuna de Eric era nuestro sueño dorado. Mientras tanto, esta casa y la pensión mensual nos eran muy necesarias, porque Lamont está enfermo y no puede trabajar... Tío Eric lo sabía y se ensañaba en nosotros. Pero no éramos los únicos en odiarle, por supuesto.

—Señora Stern, creo que usted estuvo en Londres ayer, comprando algunas cosas...

—Estuve allí dos días haciendo compras, en efecto —me miró fijamente—. ¿Por qué lo dice?

—Ya sabe que intentaron matarme por dos veces en la capital. Pudo ser usted.

—No, señor Gould. Yo no fui —negó ella—. De haberlo sido; usted no hubiese salido con vida, esté seguro...

Y se marchó, sin añadir más. Me quedé profundamente pensativo, viendo su figura alejarse por el corredor de la vieja casa.

Tal vez tuviera razón. Parecía una mujer lo bastante fuerte y decidida como para conseguir cuanto se proponía.

—¿Ha visto a mi esposa por aquí, señor Gould?

Me volví. Lamont Stern estaba ahora a mis espaldas. Parecía abatido y poco feliz. Su corpulencia y su pelo cortado a cepillo le daban un aire saludable. Pero observé que sus ojos eran tristes. Tal vez fuese cierto, como decía su mujer, que sufriese alguna enfermedad.

—Pasó por aquí hace un momento —afirmé, señalando al otro extremo del corredor—. Se fue por ahí, señor Stern.

—Gracias, señor Gould, es muy amable... —tragó saliva y se dispuso a seguirla; de repente, se paró en seco y me estudió críticamente—. ¿Se encuentra a gusto en esta casa?

—Dudo mucho que alguien esté a gusto aquí. ¿Lo está usted?

—Es diferente. Usted será sin duda el heredero de sus millones. Cuando Eric Munro se proponía algo, siempre le lograba. Incluso lo conseguiría después de muerto. Estoy seguro de que no podremos vencerle con nuestra impugnación. Nelson y Colin pierden su

tiempo al haberla presentado a los tribunales.

—¿Fue idea exclusiva de ellos?

—Sí. Los demás enseguida nos unimos a la sugerencia pero Nelson y Colin lo decidieron por sí solos. Son los más enérgicos de la casa.

—Sin embargo, soportan como los demás su propia cruz —sonreí—. Colin con su feísima habitación convertida en sepulcro de la momia... y Haycraft con su inefable monstruo de Frankenstein...

—Todos tenemos que aceptar el juego planeado por Eric, o irnos de aquí para siempre. Mi esposa no se lo habrá mencionado, pero estoy enfermo y...

—Me lo dijo, sí. No parece usted sufrir nada malo.

—Mi apariencia engaña. Es el corazón, señor Gould. Está tocado seriamente. Todo esfuerzo me provoca dificultades. Y puede conducirme al colapso irreversible...

—De veras lo siento —murmuré—. Si yo fuese ahora la persona capacitada para liberarle de esta casa y sus humillaciones, lo haría, señor Stern, créame.

—Le creo, muchacho —suspiró, con una triste sonrisa, me palmeó cordialmente en el hombro—. Tiene aspecto de buena persona, señor Gould. Por eso le ruego que se cuide lo más posible. En esta casa hay algo siniestro y terrible, que puede estallar en cualquier momento... No me gustaría que fuese usted la segunda víctima del asesino.

Se marchó, sin agregar cosa alguna, Le miré, moví la cabeza y me encaminé al salón mientras afuera, el cielo nuboso de Yorkshire se oscurecía por momentos.

Colin Russell, el otro primo de Eric Munro, escribía en una mesa, no lejos de una chimenea encendida. Me miró al entrar, y torció el gesto. Recordé que él era, junto con el hermanastro de Eric Munro, el que solicitó la impugnación legal del testamento.

—¿Paseando por sus dominios, señor Gould? —apuntó irónico.

—Sabe que no lo son, señor Russell —reí—. No me gusta esta casa, ni me hubiese gustado heredarla. Sigán disfrutándola ustedes.

—¿Disfrutarla? ¿Puede llamarse así?

—No sé. Ustedes, al menos, viven aquí, cuidando este museo de horrores.

—Sabe que por pura fuerza. Eric sabía que somos un puñado de

parásitos y disfrutaba con ello. Tenemos lo que nos merecemos, créame.

—Tal vez consigan mucho más. Si su impugnación resulta, podrán abandonar esta casa definitivamente. Con dinero, podrían permitirse ese lujo sobradamente.

—Dudo mucho que resulte todo bien. Las cosas que hacía tío Eric, difícilmente podían deshacerse luego. El hecho de morir envenenado sin saberse quién lo mató, hace que los jueces miren con recelo la impugnación, porque devolvernos la herencia a nosotros podría significar darle una parte de esa fortuna a un criminal sin escrúpulos. Ésa es su mejor baza para vencernos, señor Gould.

—La verdad es que, interiormente, casi deseo que venzan ustedes —manifesté con sinceridad—. Empieza a pesarme un poco el lastre de la fortuna de Eric Munro. Me conformaría con disfrutar esas diez mil libras que me anticiparon, a título de honorarios por ocuparme del caso Munro... y decirle adiós a todo este mundo del hombre que era su primo, señor Russell.

—Tal vez su destino sea, precisamente, soportar el dorado peso del oro, como le ocurrió al Rey Midas —rió Colin Russell de buen humor, cosa extraña entre aquellos muros—. Personalmente, casi lo deseo.

—Vaya, parece que todos hacemos ascos al dinero de Eric Munro —comenté, burlón—. Dígame, señor Russell, ¿tan cruel y despiadado fue siempre su primo Eric con todos sus familiares?

—No, no. Eso es lo extraño de él. Su carácter cambió radicalmente en un momento dado, tornándose duro y sin piedad para nadie, haciéndose caprichoso y excéntrico hasta la crueldad...

—¿Qué momento fue ése?

—Cuando perdió a su hijo Donald en aquel desdichado accidente... y Sally Ann, su mujer, se volvió demente... Eso le cambió por completo. Parecía saber que ya nunca tendría más hijos. Creo que eso, en el fondo, le trastornó lo suficiente. Se hundió en un silencio huraño, se encerró en sí mismo, y sólo tenía frases dolorosas e hirientes para los demás, así como decisiones dañinas y perversas, que humillaran a su familia.

—¿Por qué cree que obró de ese modo?

—No sabría decírselo, señor Gould. En el fondo, es como si

sentiera odio hacia todos nosotros, por continuar vivos mientras su hijo había muerto. Logró separarse de su mujer mientras ella estaba internada, víctima de una dolencia mental. Al reponerse, la admitió aquí, pero como un pariente más, sin volver a ser su esposo nunca más. La trató tan duramente como a todos.

—¿No pudo ser que él considerase que había alguien culpable del fin de su hijo, y en la duda de quién pudiera ser esa persona, se comportase así con todos?

—¿Culpable? ¿De qué? —se sorprendió Russell—. Su hijo murió en un accidente, viajando solo con su madre. Nadie podía tener culpa de eso.

—No pienso yo igual, señor Russell —manifesté suavemente, moviendo la cabeza—. Tengo entendido que, por alguna razón oscura que sólo él sabía, Eric Munro sospechaba que su hijo «fue asesinado»...

Y esta vez, fui yo quien salió de la estancia tranquilamente, dejando tras de mí a un Colin Russell demudado y atónito.

—¿Cómo se le ocurrió decir eso, Peter? Todos los de la casa no hacen sino hablar de lo mismo...

Miré risueño a Velda. Ella parecía escandalizada de que yo hubiese sugerido la posibilidad de un viejo asesinato a Russell.

—Empiezo a creer que Munro tenía razón —comenté—. Hay algo raro en ese accidente. Algún pariente cercano pudo dejar a Eric sin su heredero auténtico, su propio hijo, por intentar ser quien lo heredase en su lugar.

—¿Y si no fue así?

—De todos modos, a Munro lo envenenaron, y alguien tuvo que hacerlo. Un asesino sigue aquí, sereno y a la expectativa. Tal vez mi modo de obrar logre ponerle nervioso y le haga cometer un error.

—O le obligue a intentar matarle de nuevo... —objetó Velda, con disgusto.

—Lo intentará de todos modos —me encogí de hombros—. ¿Qué cree que significa el conejo decapitado? Es una advertencia dirigida a mi persona. Por sí solo, ya es un paso en falso, una precipitación que denota nerviosismo. Si alguien mató hace cuatro años a Donald Munro, pudo matar ahora a Eric. Y pretender matarme a mí. Sólo hace falta que pierda el control de sí mismo y cometa equivocaciones irremediables, Velda.

—Está jugando con fuego, Peter.

—Ya lo sé —reí entre dientes—. ¿Qué cree que estoy haciendo desde que acepté el dinero de su tío?

—¿Por qué no nos marchamos de aquí? Sería un modo de evitar el peligro...

—Porque aquí está la clave de todo. Y deseo encontrarla. Su tío confió en mí sin conocerme, antes de su muerte. No desearía defraudarle, por mal detective que sea.

—Tío Eric hizo una verdadera locura. No deje que juegue con usted como con los demás —me pidió Velda, aferrándose un brazo con súbita energía, y mirándome fijamente a los ojos.

—¿Por qué me pide eso? —me extrañé—. Creí que habíamos decidido actuar juntos en ese asunto...

—Eso era antes, Peter. No quiero que corra riesgos. No podría soportar que le sucediera algo irremediable.

—Pero si apenas nos conocemos... Sería la muerte de un desconocido con el que apenas si había iniciado una amistad, Velda... —sonreí.

—¡Oh, Peter, no me irrite más! —estalló ella airada—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que le quiero demasiado para permitir que le suceda algo malo por culpa de mi maldita familia?

E inesperadamente, se colgó de mis hombros y aplastó su boca en la mía.

Fue una grata noticia. Como no se despegaba fácilmente, la rodeé con mis brazos, la atraje hacia mí, y le devolví el beso prolongadamente, sintiendo el contacto húmedo y jugoso de sus labios, el escarceo amoroso de su lengua en mi boca, y la presión dura y firme de sus jóvenes pechos contra mi torso.

Al separarnos, sus ojos brillaban algo turbios. Respiraba con dificultad. Pero parecía feliz.

—Peter... —musitó—. Peter, me gustas...

—Y tú a mí, Velda —respondí roncamente.

Me aferró las manos, apretándolas con fuerza. Parecía realmente preocupada, temerosa por algo. Ya estaba muy oscuro en el exterior, y llovía con fuerza. A pesar de la hora, apenas sí se veía. Las luces de la casa estaban siendo encendidas.

—Peter, marchémonos ahora, que aún es tiempo —susurró—. Esas figuras de cera, esas habitaciones decoradas como lugares de

pesadilla, estos parientes míos, que sólo almacenan odio, humillaciones y fracasos... Todo me angustia, me aterra. Tengo miedo, Peter, Tengo miedo por ti, querido...

—Velda, no podemos marcharnos ahora —rechacé vivamente—. Tenemos que llegar al final. Tu tío esperaba eso de mí.

—Mi tío Eric planeó un juego siniestro en el que tú, yo y los demás somos simples piezas. ¡Pero los humanos no somos trozos de madera que se mueven a capricho! Podemos romper las reglas del juego y marcharnos. Ahora mismo, Peter. Lejos de esta casa y de su horrible atmósfera...

Iba a responderle cuando, de repente, las luces se apagaron en toda la casa nuevamente. Fuera llovía con fuerza, y me pregunté si sería la tormenta la que provocó el corte de fluido eléctrico, porque en la lejanía tronó sordamente. La luz del día era prácticamente nula, por lo que Velda y yo nos encontramos virtualmente rodeados de sombras en aquel amplio salón destartalado de la planta baja de Los Acres Dorados.

Y, de repente, allá arriba, en alguna parte de la casa, un largo y horripilante alarido, un grito donde se mezclaban el horror, la angustia y la agonía, llegó hasta nosotros, rasgando las sombras.

Enseguida supe que aquello significaba muerte cierta...

La muerte de alguien, entre los muros de aquella casa monstruosa.

CAPÍTULO VII

Tras el grito, reinó un profundo, aterrador silencio. Como si de pronto, las sombras se hubiesen vuelto sólidas, invadiendo la mansión con algodonosos muros herméticos que no dejasen filtrar los ruidos y las voces.

—Velda... —musité con voz tensa—. Ese grito...

—Dios mío —noté su violento temblor contra mi cuerpo—. Fue espantoso...

De repente, de alguna parte llegaron voces y carreras. Alguien gritó:

—¡Es ahí! ¡De ahí brotó el grito!

Corrí hacia el vestíbulo, tirando de una mano de Velda Reyes. Ella no dudó en seguirme. Creo que por nada del mundo se hubiera quedado sola en la habitación en sombras.

Arriba, en la planta alta, bailoteaban luces de velas encendidas. Alguien golpeaba con fuerza una puerta.

—¡Estoy segura! —capté la voz de Susan Stern—. ¡Ha sido ahí, en ese cuarto!

Nuevos golpeteos. Por una puerta situada debajo de la escalera, aparecieron Harvey Benson y su mujer, con lámparas de petróleo que dieron un resplandor dorado al vestíbulo y las escaleras. Nos miraron despavoridos.

—¿Qué es lo que sucede? —quiso saber el sirviente, alarmado—. ¿Quién gritó, señor Gould?

—No lo sé —confesé sordamente, mirando a lo alto—. Pero vamos a averiguarlo...

La puerta de la casa se abrió, y Davinia apareció con unas podadoras, los cabellos chorreando agua de lluvia. Tenía sus claros ojos muy abiertos, pero parecía no sentir miedo.

—¿Ha sido un grito eso que se oyó en el jardín? —quiso saber—. ¿Pasa algo?

—Será mejor que te quedes con tus padres —aconsejé, iniciando la carrera escaleras arriba, siempre escoltado por Velda—. Veamos qué sucede, exactamente. No creo que sea nada bueno...

—Fue un grito de hombre, Peter —me susurró Velda.

Asentí. Aunque muy agudo, quizá por la nota estridente de terror que reflejaba, ella tenía razón. Era un hombre quién había gritado. Un hombre asustado. Quizá enfrentado a la muerte...

Llegamos a la planta alta. Pese a su dolencia cardíaca, Lamont Stern unía sus fuerzas a las de Haycraft, para abatir una sólida puerta. En esos momentos, de otras puertas, surgieron paulatinamente otras figuras que las velas alumbraron de modo fantasmal en la tormentosa tarde.

Reconocí inmediatamente a Sally Ann Davies, la exmujer de Munro, a Clark Garret... A Colin Russell...

Por eliminación, ya sabía quién faltaba y cuál era la habitación que intentaban asaltar.

—¡Edgar Munro! —murmuré.

La puerta crujió, hecha astillas en torno a la cerradura, cuando Clark Garret se unió a la pareja que forcejeaba con la hoja de madera. Cedió, con un chasquido áspero, y los hombres se hicieron instintivamente atrás.

—¡Edgar! —llamó con voz potente Haycraft—. ¡Edgar! ¿Qué te ocurre?

—Pierde el tiempo —le corté secamente, avanzando hasta ellos—. Si no ha escuchado el ataque a su puerta, menos oírás sus llamadas, señor Haycraft.

Me miró, ceñudo, y avanzó luego con la vela en alto. Le seguí, anticipándome a los demás.

A la claridad de la llama vacilante, resaltó con extraños contrastes de pesadilla la habitación victoriana, las manchas de sangre de cera roja, la figura siniestra de Jack el Destripador, con su cuchillo de hojalata, allá al fondo de la sala, presidiendo aquel ámbito absurdo y tétrico a la vez.

Por una ventana abierta, cuyos postigos de vidrios emplomados se movían violentamente a impulsos del viento, entraban ráfagas de lluvia en la habitación.

La puerta de comunicación con el cuarto de aseo, estaba abierta. No se veía a Edgar Munro por parte alguna.

Asonaron al cuarto contiguo. La vela de Nelson Haycraft hizo danzar sombras grotescas en el baño. Pero también reveló el horror en toda su dimensión real.

—Ahí está... —susurré, estremecido.

Edgar Munro estaba allí, efectivamente. En la bañera, bajo el chorro sordo de la ducha abierta. La muerte le había sorprendido allí, desnudo, tomando una ducha antes de bajar a cenar.

Un tremendo cuchillo de empuñadura enjoyada, algún arma antigua de las que aparecían en las panoplias de la mansión, a juzgar por su estilo, aparecía clavado en su garganta, atravesándola brutalmente con toda su larga y ancha hoja. La sangre había brotado en tremendo torrente, y seguía fluyendo, ya más escasa, formando un enorme charco rojo en la bañera, que se diluía con la lluvia de la ducha.

Esta vez no hacían falta manchas de sangre de cera ni figuras de asesinos de museo. Un asesino de carne y hueso había llegado hasta allí. Y había degollado al rubio Edgar Munro, sobrino directo del difunto Eric Munro, matándole en el acto.

Sólo su grifo, en medio de las sombras repentinas de la mansión, había advertido a todos nosotros de que la muerte rondaba otra vez en Los Acres Dorados.

Seymour Wood era el constable local. Un hombre ancho, corpulento, de modales rudos y expresión astuta tras la máscara de su cazurrería provinciana.

Estaba interrogando a la familia, uno por uno. Tampoco me libré yo del interrogatorio, obviamente, porque para él era tan sospechoso como cualquier otro de la casa, y conmigo también declararon los Benson y su hija. Al final de las interminables preguntas, anotadas cuidadosamente las respuestas más interesantes en su bloc por el minucioso agente de la ley en Helmsley, se quedó mirándome con expresión pensativa.

—Bien, señor Gould —dijo a modo de conclusión, cerrando lentamente su bloc—. Parece que su llegada a Los Acres Dorados ha sido el detonante de muchas cosas...

—¿Usted cree? —manifesté ambigüamente, sin comprometerme en nada.

—No me diga que no se ha dado cuenta. Primero ese conejo muerto brutalmente, como una siniestra advertencia de que algo iba

a suceder aquí... Y luego, este bárbaro crimen.

—Le aseguro que nada he tenido que ver en todo ello.

—Yo no he dicho eso, señor Gould. Lo que me pregunto es por qué matarían al señor Munro, y quién lo haría. Actualmente, el heredero legal de todo es usted.

—Pero si ese testamento se impugnase, constable Woods, usted sabe que hubiese sido Edgar Munro su heredero más directo, por ser sobrino y llevar su apellido —señaló secamente Nelson Haycraft.

—Exacto —Woods escudriñó al hermanastro de Munro con escasa simpatía—. Pero ahora, si ese testamento se impugna, ¿quién será el principal beneficiario? ¿Usted acaso, por su directo parentesco con el difunto Eric Munro, señor Haycraft?

—No puedo saberlo —se encogió de hombros el hermanastro—. Será algo que deban decidir los tribunales, constable.

—Entonces no formule teorías acusatorias contra nadie —cortó el policía secamente—. Sé que forzosamente, uno de ustedes cometió este crimen, porque no creo en la historia posible de un merodeador, entrando en la casa con ánimo de matar al joven Munro. Parece también lógico que el asesino utilizase para entrar y salir la ventana abierta, ya que hemos comprobado que la cornisa exterior que corre bajo las ventanas de los dormitorios, es lo bastante ancha para que una persona ágil pueda utilizarla para llegar hasta allí, y todas las habitaciones dan a ese lado del muro. Pero la ausencia de huellas me hace suponer que el asesino utilizó chanclos de goma que luego debió ocultar, una vez cometido su horrendo crimen.

—En suma: nos acusa solamente a nosotros —dijo con frialdad Clark Garret—. A los parientes de Edgar.

—Y también a la servidumbre, puesto que la escalera posterior de la terraza, en el exterior del edificio, casi toca la barandilla en esa cornisa, y una persona ágil podría haber llegado hasta ésta sin muchas dificultades por ese punto. Personalmente, y a la vista de sus declaraciones, veo que solamente dos personas tienen coartada, si bien la de cada uno de ellos se apoya exclusivamente en la del otro. Esas personas son la señorita Velda Reyes y el señor Peter Gould.

—Si fuesen culpables y cómplices, ellos podrían haber creado una coartada semejante —advirtió con aspereza Colin Russell, el

otro primo del difunto Eric Munro.

—Exacto —sonrió Seymour Woods, rascándose los cabellos canosos bajo la gorra de su uniforme—. Sin embargo, examinadas todas las declaraciones, ustedes mismos coinciden en afirmar que ellos venían de abajo, por la escalera principal, mientras intentaban abrir la puerta del cuarto del señor Munro. Eso les sitúa muy lejos del teatro de la tragedia. Demasiado, a mi juicio, contando el tiempo transcurrido desde el grito del difunto, que a todos alarmó, para que ellos pudieran ser culpables de nada.

—Lo único cierto es que aquí todos convivimos en paz, en mejor o peor armonía, hasta que ese hombre llegó a Londres —me señaló Stern con mano crispada—. Y ahora, ya ha muerto otro de nosotros, después de la pérdida del pobre Eric...

—En efecto, señores —asintió el constable Woods—. Yo diría que, de algún modo, la llegada de un detective privado a Los Acres Dorados, que además es heredero universal del señor Munro, fue como el revulsivo que alguien necesitó para matar. Y mató. Como les digo, me gustaría saber el motivo de este crimen, aparentemente estúpido. Ciertamente pudo ser simplemente el odio acumulado entre ustedes durante años de permanencia entre estos muros, obligados a soportar caprichos de su difunto pariente, como los motivos de decoración y ambientación de sus alcobas, verdaderos engendros de pésimo gusto, pero... algo me dice que no es ésta la razón por la que murió Edgar Munro, y que si supiéramos cuál fue ésta, tendríamos sin duda al asesino... que tal vez fue el mismo que mató en su día a Eric Munro envenenándole... Ahora, les ruego que nadie abandone bajo pretexto alguno esta casa. Voy a efectuar unas cuantas diligencias, y regresaré con algunos agentes de policía más adelante. También llegará una ambulancia para llevarse el cadáver y practicar la autopsia correspondiente. Eso es todo por el momento, señores. Usted, señor Gould, como persona ajena a la familia, y en su condición de detective privado, debe ser quien permanezca aquí en calidad de auxiliar provisional de la ley, ¿estamos de acuerdo?

—Si usted lo dice... —sacudí la cabeza—. Procuraré hacer lo que esté en mi mano, constable.

—Muchas gracias, señor Gould. ¿Va armado?

—Recientemente, sí —asentí—. Ya sabe: lo ocurrido en

Londres...

—Ya, ya sé —movió afirmativamente la cabeza—. No utilice su arma de no ser absolutamente imprescindible, y cuando no haya otro medio de evitar problemas graves. Pero si fuese así, no vacile en hacerlo, con todas sus consecuencias. Cualquier cosa es preferible a que un monstruo, un criminal sin conciencia, escape de aquí y sus delitos queden impunes. Ya lo saben todos: el señor Gould se encargará del orden en esta casa, en tanto no esté yo presente.

Nadie objetó nada, y el constable Woods abandonó Los Acres Dorados sin añadir una palabra más a sus enérgicas advertencias. Lo cierto es que todos, al retirarse silenciosamente a sus dominios particulares, me dirigieron miradas hurañas o aviesas, nada felices con que gozase de la confianza de la ley en esos momentos.

—Si se dejasen llevar por sus impulsos, creo que yo sería la siguiente víctima de alguien —sonreí pálidamente a Velda Reyes, cuando nos quedamos solos los dos en el amplio salón donde ardía el fuego de la chimenea para combatir el húmedo frío reinante en el exterior, donde la lluvia continuaba cayendo torrencialmente.

Ella se limitó a sonreír también, asintiendo, perdida su mirada en el jardín a través de las vidrieras llorosas de lluvia. Un silencio pesado y sofocante invadía la casona convertida por el capricho de un hombre en nido de odios y de rencores. Y también en recinto de muerte violenta.

—¿Por qué, Peter, por qué? —musitó ella con voz apagada, cuando me aproximé y puse mis manos suavemente en sus hombros.

—¿Por qué lo mataron, quieres decir? —hice un gesto ambiguo—. Tengo una cierta idea, pero me falta comprobarla...

—¿Tú? —se volvió a medias, mirándome con cierto asombro—. ¿De veras crees tener una idea, Peter? ¿Sobre el accidente de Edgar?

—Y sobre la muerte de tu tío Eric también —asentí—. Sólo me falta un detalle: el definitivo... Si diera con él, tal vez todo encajase...

—¿A qué te refieres?

—No sé... —contemplé a mi vez el jardín, las cornisas de piedra chorreando agua, y que había servido sin duda de camino al

criminal, durante el apagón producido en toda la casa por efecto del temporal, con extraña sincronización, como algo maldito y sobrenatural. Bajo la cornisa, las hojas y las ramas colgaban lastimosamente, chorreando lluvia a la tierra convertida en una laguna. De repente, sentí un escalofrío. La leña chisporroteó en la chimenea. Me volví.

No había nadie en la sala, excepto nosotros. Pero es como si lo hubiera habido. Por un momento, algo, tal vez un simple influjo maligno de los que escapaban de aquellos muros siniestros, había llegado hasta mí, produciéndome frío en los huesos.

—Dios mío... —murmuré, con una repentina intuición en mi mente—. Ahora creo saberlo...

—¿Saber qué, Peter? —se inquietó Velda, mirándome con ojos muy abiertos.

—«Todo» —susurré—. Absolutamente todo. La extraña historia de un crimen antiguo. Y de otro recién cometido aquí.

—¿La muerte de tío Eric y de Edgar?

—Velda, las cosas no son a veces como parecen... —dije roncamente—. Espera. Voy a subir al cuarto de Edgar un momento. Tengo que buscar algo... Lo que sea, pero tengo que dar con ello. Tal vez eso confirme mis sospechas.

—¿Vas a ese horrible cuarto? —se estremeció ella—. No, no me dejes aquí sola. Esta casa me da miedo. ¿Puedo... puedo ir contigo, Peter?

—Claro —asentí—. Vamos, querida. Ven conmigo. Si lo que intuyo es cierto, creo que el caso de Los Acres Dorados está terminando tan triste y dramáticamente como empezó...

Me siguió escaleras arriba. Las habitaciones de los demás permanecían cerradas. La de Edgar, sólo entornada. Entramos en ella. Di la luz. Desde su pedestal, la efigie en cera del Destripador nos contempló lúgubrementemente. Velda parecía sentir miedo hacia ella. Yo no. Sabía ahora que el monstruo, el asesino, había estado siempre en aquella habitación, entre aquellos cuatro muros.

Pero nunca fue la figura de cera del Destripador ese asesino... sino el propio Edgar Munro.

CAPÍTULO VIII

—Edgar... ¿el asesino?

La voz de Velda era apagada, llena de asombro y de horror.

Yo asentí. Seguía lloviendo. Incesantemente, sin parar. Como una cantinela aburrida y exasperante, allá tras los cristales. Jack el Destripador, modelado en cera, pese a su horrible aspecto, parecía un apetecible testigo de nuestra charla.

—Sí, Velda. Desde un principio, todo estuvo cambiado. Todo era diferente a como parecía y como nosotros creíamos que era. Eric Munro jugó, una vez más, su baza de hombre excéntrico, caprichoso y desconcertante. Pero sabía lo que hacía esta vez. Era un gran jugador de ajedrez, recuerda. Dispuso sus piezas para un jaque mate a largo plazo. No podía suceder de otro modo. Bastaba dejar las piezas en aparente libertad de movimientos, aunque constreñida al tablero imaginario por él dispuesto: Los Acres Dorados. Londres y yo mismo, no éramos sino parte de su estrategia, un campo secundario de la partida, donde el rey enemigo, el asesino en este caso, haría su obligada incursión para defender con uñas y dientes lo que consideraba suyo: la fortuna de Eric Munro.

—¿También Edgar fue el hombre que visitó Londres para matarte?

—También, sí. Y él mató a aquel pobre conejo brutalmente, como sórdida amenaza contra mi vida... Edgar, siempre Edgar Munro.

—De modo que Edgar mató a tío Eric... —Velda habló con lentitud, moviendo la cabeza aturdida—. Pero... pero entonces, ¿quién le mató «ahora» a él?

—No, no, Velda —moví con energía la cabeza, negando—. Estás dejándote llevar por el juego de tu tío Eric. Recuerda que las cosas «no son» así realmente.

—¿Cómo son entonces?

Yo di unos pasos por la habitación. En mi mano aún estaban los documentos que había hallado ocultos entre las ropas y la cera, en la propia figura espantable del Destripador, convertido por Edgar Munro en escondrijo ideal para aquello que no debía ser hallado jamás. Las evidencias que yo necesitaba. Las pruebas de que Munro, el joven Munro, había sido mi agresor en Londres.

—Aquí tienes el pasamontañas, el billete de ida y vuelta a Londres en avión, desde York —recité, mostrando los objetos en la bolsa de plástico—. Y una carta. Una carta de su tío Eric, que sin duda conservó como un trofeo, para burlarse del difunto cuando llegase el momento...

—¿Qué dice esa carta? —preguntó apagadamente Velda, mirando el papel doblado en mi mano.

—No mucho. Es una despedida de Eric Munro a su sobrino. La escribió cuando iba a morir. Escucha este párrafo, querida:

«Es inútil cuánto hagas, Edgar. El crimen se paga siempre. Yo nunca tuve pruebas contra ti. No pude demostrar que tú lo hiciste. Pero no importa. Pagarás por otro crimen que jamás habrás cometido. Ésa es mi forma de hacer justicia, sobrino. Perderás tu herencia. Lucharás por ella ferozmente. Incluso volverás a matar, sin duda. Y eso te perderá, si es que antes no te acusan de mi muerte. Dejo suficientes indicios. Todos pensarán que he sido asesinado. Tú sabes que no es así. Pero sí sabes que cometiste “otro” asesinato mil veces más horrible. Ése es el que deseo que pagues. Yo no tengo prisa ya. No importa cuándo ello ocurra. Ocurrirá. Tiene que ser así, Edgar... Nadie sabrá nunca que yo me suicidé. Ni tú podrás enseñar esta carta a nadie, porque te delatarías a ti mismo...»

—¡Tío Eric «se mató»! —casi gritó Velda—. ¡No fue un asesinato!

—No, no lo fue. Ya te dije que las cosas no eran como parecían. Tu tío Eric se suicidó, dejando todo con las apariencias de un asesinato.

—Pero... ¿por qué?

—Escucha este párrafo y lo sabrás. Por eso Edgar no podía decir

a nadie que era un suicidio y su tío se lo había confesado. Porque hubiese sido como confesar que él mató a otra persona... Escucha, Velda: «Sí, Edgar. Ésta es tu tragedia ahora. No puedes llevar esta confesión mía de suicidio a nadie. Te serviría para confesar que tú mataste a mi hijo Donald y causaste la demencia temporal de mi exesposa. Porque tú, Edgar, provocaste el accidente de automóvil, tras manipular en el motor del coche. Deseabas que mi único heredero directo falleciese, junto con mi esposa, para ser tú el único heredero de mi fortuna, llegado el momento. Sé que lo hiciste, pero nunca pude probarlo. Ahora con mi muerte, te dejo en manos de tu destino. Ya sabrás pronto que no posees un penique, que todo es para un extraño que, estoy seguro, descubrirá la verdad de todo esto. Adiós, Edgar. Pagarás por mi muerte... o tendrás que matar a otra persona y pagar por ello...»

—Dios mío... —gimió Velda—. Es horrible... Edgar mató a Donald, provocó ese accidente mortal... y tío Eric se suicidó...

—A tu tío le importaba muy poco la vida, si no era para vengar a su hijo desaparecido, Velda. Cuando comprendió que no podía acusar a Edgar con pruebas, tramó esa alucinante trampa para su sobrino. Sólo que algo se alteró en la partida de ajedrez proyectada. Edgar no mató a nadie más, aunque lo intentó. Por el contrario, alguien le mató a él. Eric Munro era un gran jugador de ajedrez, sin duda. Pero los seres humanos no son simples piezas de madera o marfil, sino eso: seres humanos. Olvidó, pese a su gran jugada, el propio factor humano, que alteraría definitivamente sus planes, si bien se hizo justicia, que era lo que él deseaba...

—Pero entonces... ¿quién, Peter? ¿«Quién» mató hoy a Edgar aquí... y por qué?

—Yo lo hice, señorita Reyes. «Yo». ¿Comprendes ahora?

La voz venía de la ventana. Nos volvimos. Velda roncamente, con sobresalto. Yo miré con tristeza a la persona que confesaba su crimen. Estaba allí, en el alféizar de la ventana, con chanclos de goma, chorreando agua de lluvia...

Tal como yo la había visto después de morir Edgar Munro.

—Lo sabía, Davinia —dije tristemente, contemplando a la muchachita—. Lo sabía... Sólo tú pudiste hacerlo...

—Pero ¿por qué, Peter? ¿Por qué?

—El factor humano, ya te lo dije... —suspíré, moviendo la

cabeza, mientras el constable se llevaba en un coche cerrado a Davinia Benson, seguido por una ambulancia con el cadáver de Edgar Munro. Los Benson, abrazados, despedían al cortejo, llorando en el porche.

Me acerqué a ellos. Apoyé una mano en el hombro del fornido Harvey Benson. Parecía ahora mucho más viejo. Como si los minutos fuesen años...

—No tema por ella —murmuré—. Davinia volverá pronto. La justicia entenderá sus motivos. Como los ha entendido el constable Woods, como los entiendo yo.

—Pero... pero mató a un hombre a sangre fría... —me miró patéticamente el buen hombre, mientras su mujer sollozaba.

—Lo sé. Por eso no podía callar su culpa, aunque me hubiera gustado hacerlo. Ella tampoco lo deseaba. Se había arrepentido de lo hecho. Pero así se purificará y los últimos vestigios de odio desaparecerán de su alma. Es joven, muy joven. Todos comprenderán, y en poco tiempo estará de vuelta, saldada su deuda con la justicia...

Tomé a Velda por un brazo y me alejé de allí. Había dejado de llover. El jardín estaba mojado y frío, pero al menos se respiraba aire. Aire puro, no como dentro de la casa.

—Me preguntaste los motivos... —murmuré lentamente—. Eran, en cierto modo, hermosos. Pero la ley es la ley. Nadie puede tomarse la justicia por su mano.

—¿Davinia, esa chiquilla, sabía...?

—Lo supo siempre. Algo la hacía sospechar. Luego el propio Eric Munro se lo confesó una vez. Le dijo el nombre del canalla que había asesinado a Donald, al hijo a quién tanto quería Davinia como compañera de juegos... Y Davinia almacenó ese odio a Edgar en su joven corazón. Ella sabía, sin duda, que la muerte de Eric Munro no fue un asesinato. Recuerda que era la persona a quién más apreciaba aquí tu tío Eric. Pero no tuvo fuerzas para matar a Edgar hasta hoy. ¿Por qué? Nunca lo sabremos. Tal vez ese conejo muerto, simplemente. Un acto de crueldad insana por parte del joven y ambicioso Edgar. Ella sabía quién de esta casa podía sacrificar brutalmente a un conejo. La misma persona que podía matar a un hombre, a un niño... Nunca sabremos a ciencia cierta qué provocó la chispa. Lo cierto es que en Davinia estalló al fin el odio

contenido. Mató a Edgar Munro, sorprendiéndole en su habitación. Utilizó la barandilla de la escalera exterior y la cornisa. Munro jamás debió sospechar que una chiquilla terminaría con él. Quizá al verla aparecer imaginó una fácil aventura amorosa con una adolescente... hasta que fue demasiado tarde y se vio con el arma clavada en su carne. Davinia escapó con rapidez, entró en la casa como ignorando lo sucedido... Pero chorreaba agua. ¿Por qué? No sólo porque había estado fuera de casa, cosa perfectamente natural, sino porque mató a Edgar en el baño, «bajo la ducha», y debió empaparse. La lluvia disimuló tal cosa, pero cuando vi allá fuera las plantas chorreando agua, me vino a la mente su imagen... y recordé que nadie más estaba mojado cuando descubrimos el cadáver de Edgar. Ahora, creo que ya lo sabes todo, Velda.

—Cielos... —ella se detuvo, mirándome con angustia—. Y ahora... ¿qué va a ocurrir?

—No lo sé. Ya te dije que no creo que Davinia pase demasiado tiempo en un recinto correccional de menores... Es una niña. Y un motivo terrible movió su mano. Los jueces serán compasivos. Sus padres podrán llevarla lejos de este lugar, y ella rehará su vida, estoy seguro. Ya viste que confesó al imaginar que yo sospechaba la verdad. Lo cierto es que ya sentía remordimientos.

—Tío Eric trazó una partida maestra, sin duda. Pero las cosas no resultaron como él creía.

—No, no resultaron. De veras lo siento... sólo por Davinia —suspiré—. Lo demás, creo que ha sido justo.

—Y ahora ya te marchas de aquí...

—Si —asentí—. ¿Tú no?

—Por supuesto. Lo más lejos posible —rió ella—. No soportaría esto ni un día más. Pero quizá no coincidamos ya demasiado tú y yo, Peter. Volverás a tu trabajo de detective... y serás inmensamente rico en breve.

—No, Velda —negué lentamente—. No quiero ser rico, pero sí detective como he sido siempre. Digamos que esas diez mil libras cobradas, quedarán como honorarios por resolver el asunto Munro. Pero rechazo la fortuna de tu tío.

—¿Qué? —se asombró ella—. ¿Te has vuelto loco?

—No. Sencillamente, no me gusta tanto dinero. Esa herencia no me pertenece. Fue solamente un juego. Que se reparta entre los que

deben obtenerla, y nada más. Ya envié mi renuncia escrita a los abogados de Londres. Ya no soy el heredero de Eric Munro.

—Eso significa que será más fácil dar contigo en Londres, en cualquier momento, Peter...

—Sí —asentí—. Mucho más fácil...

Nos miramos. Reímos ambos. Y nos cogimos las manos fuertemente.

Ella sabía que volveríamos a vernos pronto, lejos de aquel ambiente de pesadilla. Y yo también.

Me gustaba Velda. Yo le gustaba a ella.

¿Qué mejor motivo para encontrarnos de nuevo en Londres?

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.**

NOTAS

[1] La suma equivale, en pesetas, a unos cuatrocientos veinte millones hoy en día, aproximadamente, millón más o menos según fluctúe su cotización. < <

[2] Coroner: Persona encargada en los países anglosajones de la encuesta previa judicial, en casos penales, habitualmente elegido entre los ciudadanos honorables del lugar. < <